

CUANDO LA MONTAÑA LLAMA...

Por Bolívar Carrión Albornoz.



RUTA DE LECTURA

	Pág.
▲	
Introducción	3
Capítulo 1: La Sombra del Chimborazo y la Llamada del Cotopaxi.	4
Capítulo 2: Cotopaxi cara sur y un personaje inesperado.	7
Capítulo 3: Danielle, una Vida Interrumpida en la Cordillera.	18
Capítulo 4: Sintiendo la Fiebre de cumbre.	23
Capítulo 5: Cristales de nieve en la mitad del mundo.	27
Capítulo 6: La confusión en el Iliniza Sur.	31
Capítulo 7: Antisana y la lluvia de estrellas.	39
Capítulo 8: Tungurahua el volcán de fuego y piedras.	44
Capítulo 9: De vuelta al Chimborazo.	54
Glosario: Para el lector que Lleva un Montañista Dentro	61
CONSEJOS PARA EL MONTAÑISTA QUE COMIENZA	64
Recordatorio: Por los que se quedaron en la cumbre	67
Anotaciones	69
Contraportada	70

Introducción

Existen montañas que permiten ser escaladas, incluso dominadas. Pero el Cotopaxi pertenece a otra categoría: no se le somete, se le visita con respeto; no se le vence, se le escucha con atención y, si uno tiene la suficiente humildad para entender su lenguaje de hielo y viento, a veces nos permite acceder a su cumbre.

Mi camino hacia el Cotopaxi (Cuello de luna) no empezó en sus faldas, sino en las del majestuoso Chimborazo. Allí, en mi primer y fracasado intento de cumbre en un nevado, entendí la verdadera naturaleza de la alta montaña. Lo recuerdo claramente: la textura traicionera del hielo negro bajo mis crampones, el vacío que parecía succionarme desde los precipicios sin fin, y un miedo visceral, puro, que nace de la comprensión de la propia fragilidad. Mi guía **Ivo Veloz** —hoy en la eternidad de las cumbres— me insistía continuar, sin embargo, en ese instante, solo fui capaz de expresar una verdad desgarradora: "No me siento seguro. Siento que voy a caer y que los voy a arrastrar conmigo al precipicio"

Esa decisión, la de dar la espalda a la cumbre por primera vez, me dejó completamente devastado y apenado. Sentí que había fallado. Sin embargo, la montaña, en su sabiduría cruel y benevolente, no me había derrotado; me estaba enseñando la lección más importante: el verdadero coraje no está en ignorar el miedo, sino en escucharlo. En el descenso, encordado no a la gloria, sino a otro andinista que bajaba por mal de altura y congelamiento, su nombre Francisco Salinas, encontré algo más valioso que una cima: encontré el mejor de los amigos. **Pancho "Jack" Salinas** sería el amigo con el que luego compartiría risas y lágrimas, el arduo esfuerzo y la cumbre en los volcanes más altos del Ecuador.

"No conquistamos la montaña, sino a nosotros mismos."

Sir Edmund Hillary

Capítulo 1: La Sombra del Chimborazo y la Llamada del Cotopaxi

Mi primera derrota no fue en la montaña, sino en mi mente. El Chimborazo, con sus 6268 metros, me había revelado una verdad incómoda: no basta con tener el cuerpo preparado si la mente se niega a seguir. Mi fracaso en el coloso ecuatoriano no se debió al mal de altura ni a la fatiga física; fue el vacío, esa exposición abismal e infinita, lo que quebró mi voluntad. Descubrí que no hay tormenta más feroz que la que uno mismo fabrica en su interior.

Años más tarde, al regresar al mismo lugar en el Chimborazo que me había parecido una rampa vertical e infranqueable hacia la nada, me sorprendió verlo casi plano. La lección fue clara: la mente es el paisaje más traicionero y transformable de todos.

Éste es un tema que abordaré más adelante.

Continuo, Inmediatamente tras mi intento fallido en el Chimborazo, necesitaba una victoria, una reivindicación. Mi mirada se posó en un objetivo menos ambicioso en altitud, pero igual de imponente: el Cotopaxi, el segundo volcán más alto de Ecuador, con 5.897 metros. Esta vez, mi preparación sería diferente. No solo entrenaría mis piernas y pulmones, sino que disciplinaría mis miedos.

Para esta ascensión, adopté una diferente mentalidad. Me dije, casi en son de broma, pero con un fondo de verdad absoluta: “Cumbre o muerte”. Esa frase, que sonaba tan drástica, se convirtió en mi talismán. Al eliminar la opción de rendirme, borré todas las preguntas paralizantes: ¿Podré? ¿Haré que los demás se vuelvan? ¿Me traicionará el cuerpo? ¿Qué pasa si...?, Ahora Mi único propósito era avanzar, simplemente llegar, iba a subir a la cumbre, incluso si tenía que hacerlo solo.

Increíblemente, esa postura mental transformó por completo la experiencia. Mi primera cumbre en el Cotopaxi se convirtió, hasta ahora, en la más fácil que he logrado. No solo porque seguimos la ruta más directa de la cara norte pasando por la base de Yanasacha, sino porque mi mente estaba libre. En lugar de obsesionarme con la cima, disfruté de cada paso. Mi mundo se redujo a la belleza del glaciar: las grietas profundas como cicatrices azules, las increíbles cuevas de hielo, los delicados puentes que desafiaban la gravedad sobre las profundas grietas, los penitentes alineados como una legión de soldados de cristal.

El intento de cumbre inicio a las 11:30 pm el 13 de enero de 2013 desde el refugio José Ribas, con mis compañeros de cordada, Cristian, Daniel, Lili, y nuestro experto guía, Telmo Tenemaza, quien ahora habita en la cumbre eterna, logramos que el ritmo de ascenso fuera tan bueno que llegamos

a la cumbre demasiado pronto, realmente no sentí la subida, pisamos la cumbre a eso de las 5:30 am, lo que nos regaló inesperadamente el espectáculo más sublime que jamás había experimentado: ver el amanecer desde esa posición tan privilegiada. El sol emergió por debajo de nosotros, bañando un mar de nubes en tonos de naranja, rojo y dorado, con el cráter humeante del volcán como testigo silencioso.



En la cima, una complicidad silenciosa nos unió más que cualquier abrazo. La alegría era tan pura que casi dolía. Tomamos fotos, descansamos y absorbimos cada segundo de esa victoria compartida, dejándonos maravillados por las vistas impresionantes en toda dirección.

El descenso fue una revelación. A la luz de la mañana, el glaciar nos mostró su verdadero rostro. No podía creer por dónde habíamos ascendido en la oscuridad. Profundas grietas que habíamos sorteado sin ver su magnitud ahora se revelaban como abismos imponentes. Cada formación de hielo, cada arista y cada pasaje adquirieron una nueva dimensión de belleza y peligro. Quedé impresionado por la magnitud del volcán y la hazaña que habíamos conseguido.



Admiraba el color ámbar que atrapaba el sol en las fracturas del hielo y un cielo tan despejado que parecía una cúpula infinita.

Antes de siquiera llegar al refugio José Ribas, con las piernas cansadas pero el espíritu eufórico, una idea ya rondaba mi cabeza: ¿cuál será mi siguiente cumbre?

No sabía entonces que la respuesta ya me estaba esperando. No sería una montaña nueva, sino la misma que acababa de conquistar. El Cotopaxi, con su doble personalidad, ya me estaba llamando de nuevo, esta vez para desafiarme a conocer su otra cara: la misteriosa Cumbre Sur.

**“La montaña no está en contra tuya; está en tu mente.
Supera tus miedos y ella te abrirá sus caminos.” Reinhold Messner**

Capítulo 2: Cotopaxi cara sur y un personaje inesperado.

Varios meses después de mi primera cumbre, el diecisiete de marzo de 2013 se presentaba como el umbral de una nueva aventura. Para esa fecha el Club Sangay, había organizado un intento de cumbre al Cotopaxi por su cara menos conocida, la sur. Mi mochila, cargada con ilusión y equipo, guardaba también la incertidumbre de lo desconocido. Lo que yo ignoraba entonces era que esta expedición me depararía un encuentro que transformaría por completo mi percepción de la montaña y sus habitantes.

Nuestra travesía comenzó en el refugio de la cara sur, al que llegamos tras un viaje que fue una aventura en sí misma. La ruta se abrió paso a través de una sucesión de haciendas, cada una demarcada por portones que parecían guardianes de un territorio antiguo, interrumpiendo el libre paso desde la autopista que nos había traído desde Cuenca. Tras sortear estos obstáculos, el refugio se alzó ante nosotros: un lugar pintoresco y rústico, un santuario de madera y nostalgia. Sus paredes, plagadas de fotografías sepia y modernas, narraban en silencio las historias de todas las almas que, como nosotros, habían posado sus ojos en la imponente silueta del volcán. El recibimiento fue cálido, y entre tazas de café y la revisión final del equipo, el ambiente se llenaba con esa energía contenida que precede a un gran desafío.



Tras un descanso breve, emprendimos la marcha hacia el refugio de alta montaña, el campamento base desde donde, pasada la medianoche, iniciaríamos el asalto final a la cima. La travesía hasta ese segundo punto fue una prueba temprana de voluntad. Arenales interminables engulleron nuestras botas bajo una espesa neblina que oscurecía el camino. El sonido era solo el de nuestra respiración y el crujir de la lava volcánica suelta bajo los pies, interrumpido ocasionalmente por el paso fantasmal de los arrieros y sus caballos, sombras cargadas de provisiones que emergían y se desvanecían en la bruma.



A nuestro costado derecho, la imponente mole del cerro Morurco se erguía como un centinela mudo. Justo cuando el cansancio empezaba a insinuarse como una duda más en la mente, la neblina se rasgó de repente. Y allí estaba. El Cotopaxi, en toda su deslumbrante y colosal magnitud, se reveló ante nosotros. La visión fue a la vez sublime y desalentadora. Su inmensidad era tan increíble que, por un momento, el aire escapó de mis pulmones. Aún no habíamos llegado al segundo refugio y ya sentíamos el peso del reto en nuestros músculos exhaustos. Una pregunta insidiosa surgió: ¿tendría, después de este esfuerzo, la fuerza necesaria para lo que aún estaba por venir?

La llegada al refugio de alta montaña no fue un consuelo, sino un impacto. La precariedad del lugar golpeó con la fuerza del viento helado que soplaba sin piedad. No era más que un esqueleto de varillas dobladas, enfundado en lonas desgastadas y remendadas, ancladas de forma precaria con un mosaico de piedras. En su interior, la tierra era el único piso. No había lujos, ni siquiera las comodidades más básicas; era un clamoroso recordatorio de nuestra vulnerabilidad en las fauces de la montaña.



Nos acomodamos como pudimos sobre delgadas esponjas aislantes, intentando robar unas horas de sueño que se negaban a llegar.

El reposo era un concepto abstracto; solo éramos cuerpos en estado de espera, tratando de conservar el calor y la energía, escuchando el susurro del viento que azotaba la lona.

Me pareció una eternidad hasta que un sonido seco, el aleteo violento de la lona de la carpa, me arrancó de aquel estado de somnolencia en el que me debatía. No era el sueño profundo lo que reinaba a cinco mil metros, sino una vigilia frágil, poblada de susurros del viento y de la propia ansiedad. Eran aproximadamente las once de la noche cuando la silueta de uno de los guías se recortó en la entrada, anunciando con voz grave que era el momento de prepararnos.

A las 11:40 pm, aproximadamente, el movimiento comenzó. Nadie había dormido, pero todos habíamos descansado lo justo.

El ritual fue metódico y rápido. Introducir los pies en las botas, aún frías, y apretar los cordones con dedos que empezaban a entumecerse. Nos dirigimos hacia la carpa comedor, un refugio de luz tenue y vapor donde el aire olía a té caliente y anticipación. Los guías, envueltos en sus capas técnicas, revisaban por última vez los arneses y los crampones con una calma profesional.

El ritual previo se desarrolló en una carpa anexa que hacía las veces de cocina improvisada. El vapor del té se mezcló con el aire frío, y unas simples galletas se convirtieron en un manjar que sabía a propósito.

Y fue en ese momento de quietud expectante, rodeado de la penumbra y el silencio rotundo de la altura, refugiados en la carpa cocina cuando apareció él.

Se movía entre nuestras botas con una familiaridad desconcertante, como si su nombre estuviera también en la lista de expedicionarios. Era un perro de tamaño mediano, de pelaje ambiguo por el polvo y el hielo, con ojos que brillaban con una inteligencia serena. Los guías sonrieron. “Ahí está Chispita”, dijeron. “No se pierde una”.

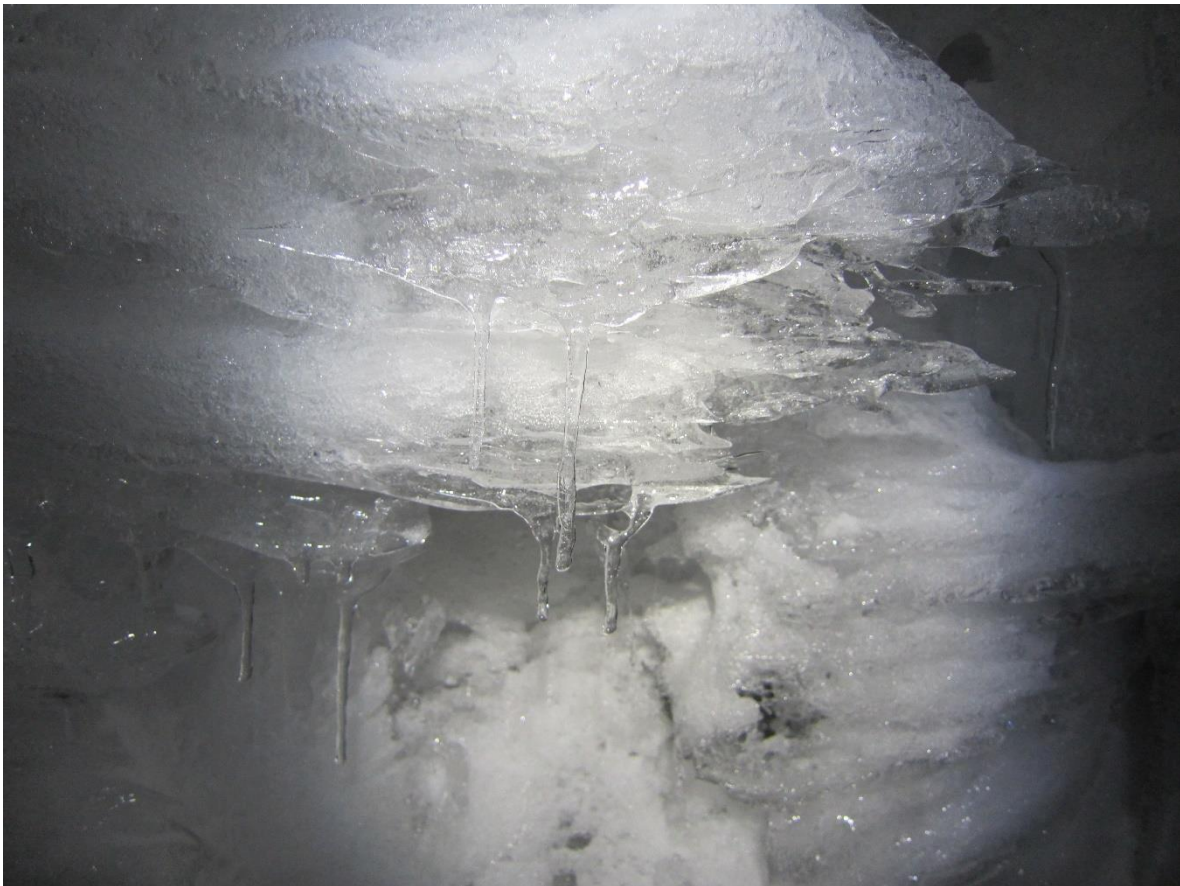
Y así me di cuenta de que estaba en presencia de una leyenda viviente. **Chispita**, un **perro andinista**, un espíritu libre de la montaña que, me comentaron tenía en su haber más cumbres por la cara sur del Cotopaxi que la mayoría de los mortales. Aquel personaje inesperado, con sus decenas de ascensiones, se paseaba entre nosotros no como una mascota, sino como un veterano más, un compañero de cordada que había elegido unirse a nuestro intento de cumbre.

Al mirarlo, sentado con dignidad a la entrada de la carpa, observando nuestros preparativos con una paciencia infinita, toda mi percepción del viaje cambió. La montaña ya no era solo un desafío de roca y hielo; era también el hogar de misterios, de historias silenciosas y de aliados inesperados. Con Chispita como nuestro imprevisto heraldo, nos calzamos los crampones y nos lanzamos a la negrura de la noche, rumbo a la cima. La aventura, de repente, tenía un nuevo y peludo significado.

Compartimos con él salchichas y unos snacks; él las aceptó con la dignidad de un veterano que agradece, pero que no necesita, el tributo.

Con las indicaciones del guía, salimos al frío cortante de la medianoche. La oscuridad era absoluta, rota solo por los estrechos círculos de luz de nuestros frontales. Revisamos el equipo por última vez: mosquetones, cuerdas, piolets. Cada gesto era sobrio, cargado de significado. La caminata inició con un crujir de grava volcánica bajo nuestras botas. Avanzamos por arenales interminables y sobre un mar de piedra negra que había fluido como lava siglos atrás, rumbo al glaciar que brillaba a lo lejos como una promesa fantasmal.

Chispita nos acompañó trotando junto a la caravana, su figura esbelta y polvorienta moviéndose con una facilidad que nos empequeñecía. Llegamos al borde del hielo, el verdadero comienzo de la ascensión. Ahí se detuvo. Me quedé con una punzada de pena al ver que no nos seguía; en mi ingenuidad, había creído que este compañero peludo nos acompañaría en toda la travesía. Con un último movimiento de cola, se volvió y desapareció en la oscuridad de la que había surgido.



Nuestra progresión se transformó en un ballet agotador sobre el hielo, donde cada movimiento requería una concentración absoluta. Cuando la pendiente se volvió traicionera, los crampones se hicieron indispensables. La pendiente se había vuelto traicionera, superando los 45 grados en algunos sectores, y el hielo estaba duro como el acero. El mundo se redujo al pequeño cono de luz del frontal, a la siguiente huella que pisar, al ritmo jadeante de la propia respiración. La noche se convirtió en una sucesión interminable de obstáculos: sortear grietas que se abrían como bocas oscuras, cruzar un puente de hielo que parecía a punto de quebrarse, trepar gateando por pendientes donde un paso en falso tenía un precio inconcebible. Éramos dos cordadas, siete almas empeñadas en un avance minúsculo contra la inmensidad de la montaña. El silencio era profundo, roto solo por el crujir del hielo y el viento, un recordatorio de que éramos los únicos seres vivos en aquella altitud despiadada.



Amaneció, bañando el mundo en tonos rosados y dorados, pero la cumbre parecía tan lejana como siempre. La fatiga era un peso de plomo en cada músculo, y la duda, una sombra más en la mente. Fue en ese momento de desaliento, con las fuerzas empezando a flaquear, cuando ocurrió lo inverosímil.

Una figura apareció a lo lejos, moviéndose a una velocidad imposible. Era Chispita. Nos rebasó a toda carrera, como un rayo sobre el hielo, como si nuestra penosa progresión de ocho horas fuera un simple paseo para él. Uno de los guías, entre el asombro y la admiración, nos gritó por encima del viento: «¡Él espera en la carpa y sube con la primera luz!». La hazaña era demencial: lo que a nosotros nos había tomado toda una noche de esfuerzo titánico, él lo había hecho en poco más de una hora.



Su aparición fue un golpe de adrenalina pura, un regalo del espíritu mismo de la montaña. Verlo, saber que estábamos acompañados por esa leyenda viviente, inyectó en nuestros pasos una energía renovada. Ya no éramos solo siete; éramos ocho. Con una determinación nueva, seguimos ascendiendo, ahora con más entusiasmo, con la compañía invisible de nuestro amigo de cuatro patas que, sin duda, ya esperaba en la cima.

La cumbre sur no se rindió hasta las 8:45 de la mañana. La alcanzamos exhaustos, con el cuerpo hecho trizas, pero con el corazón estallando de una felicidad pura y primitiva. El cielo estaba totalmente despejado, y la vista era espectacular: el cráter del Cotopaxi se abría ante nosotros, un abismo de sueños y leyendas, flanqueado por la cumbre norte, unos cuarenta metros más alta, que se alzaba como la hermana mayor, impenetrable y majestuosa.



Nos abrazamos, nos felicitamos, tomamos fotos que nunca harían justicia a la emoción del momento. El cansancio era inmenso, sin embargo, la felicidad lo eclipsaba todo. En la cima del mundo, habitados por una incredulidad absoluta, supimos que no lo habíamos logrado solos. Lo habíamos hecho acompañados por la montaña misma, que se nos había revelado en la forma de un perro andinista llamado Chispita, el guardián eterno de las nieves del Cotopaxi.

No obstante, la cumbre es solo la mitad del camino. La euforia pronto dio paso a la urgencia. El descenso se presentaba lento y demorado, y una sombra de preocupación comenzó a nublar nuestro júbilo: estábamos muy tarde. Sabíamos que el resto de la expedición, aquellos que se habían quedado en el campamento de alta montaña, nos estarían esperando impacientes para iniciar el largo regreso al primer refugio.

Comenzamos el descenso agotados, con las reservas de energía completamente vacías. Cada paso sobre el hielo era una batalla contra la fatiga. La montaña, ahora bajo el sol inclemente, mostraba una nueva cara traicionera. Una granizada reciente se había congelado, formando una capa delgada y cristalina sobre la nieve polvo, un vidrio traicionero que quebrábamos con cada pisada, provocando resbalones y caídas sin consecuencias, gracias a Dios, haciendo que el descenso se sintiera eterno y desesperante.



La tensión se acrecentó al recordar el percance de la subida: una de las chicas de la otra cordada había perdido su piolet, un equipo vital, dejándolos técnicamente disminuidos. En un momento crítico, habían rodado varios metros por una pendiente de hielo, deteniéndose por pura fortuna

justo antes del borde de una grieta que se abría como una cicatriz oscura. La montaña nos recordaba, con un susurro de peligro, que su indulgencia tenía límites.

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, avistamos el esqueleto de varillas y lonas del refugio de alta montaña. Pero al llegar, un silencio desolador nos recibió. El campamento estaba abandonado. Todos habían partido, seguramente cansados de esperar nuestra tardanza. Una mezcla de decepción y ansiedad se apoderó de nosotros; ahora debíamos enfrentar solos el interminable arenal hasta el primer refugio.

Esa última caminata fue una de las pruebas más desgastantes, no solo física sino psicológicamente. Cada duna de arena volcánica parecía tragarse nuestras botas, robándonos los últimos vestigios de fuerza. El apuro por llegar se mezclaba con el temor de que el bus nos hubiera dejado librados a nuestra suerte en aquella inmensidad desolada. La mente, agotada, jugaba con los peores escenarios.



Cuando por fin divisamos el refugio principal, el corazón se nos hundió: el estacionamiento estaba vacío. No había nadie. La sensación de abandono fue absoluta. Sin embargo, en un acto de invaluable solidaridad, el dueño del refugio, un hombre de rostro curtido por el frío y la altitud, nos esperaba. Con una calma que contradecía nuestra desesperación, nos hizo subir a su vieja camioneta destartada, que parecía protestar con cada uno de los baches del camino. Atravesamos de vuelta las haciendas, sorteando los mismos portones que un día antes nos habían parecido guardianes de un reino olvidado.

Y entonces, en una curva del polvoriento camino, lo vimos: el bus, esperándonos como un faro de redención. Un suspiro colectivo de alivio nos inundó. Allí estaban, el resto de nuestros compañeros, que nos recibieron con una mezcla de reproche y alegría. Al subir, agotados y cubiertos de polvo y hielo derretido, el asiento nos abrazó como un viejo amigo. El motor rugió, y por fin, nos dirigíamos a casa, de regreso a nuestra querida Cuenca, con la montaña y su leyenda peluda grabadas para siempre en nuestra memoria.

“A veces, los mejores guías no llevan piolet, sino cuatro patas y un corazón valiente.” Anónimo

Capítulo 3: Danielle, una Vida Interrumpida en la Cordillera

Llega a mi mente la madrugada del 3 de junio de 2013 tenía la textura de los sueños hechos realidad. El Cotopaxi, imponente bajo un manto de estrellas, se ofrecía en su estado más sereno. No había una sola ráfaga de viento que quebrara el silencio; el cielo, despejado e infinito, era una bóveda de un color negro azabache adornado con millones de estrellas. Bajo nuestros pies, la nieve crujiente era perfecta para la ascensión. Tras haber superado una grieta usando una escalera horizontal, nuestro grupo avanzaba lento pero constante, ensimismado en el ritmo hipnótico de la marcha. Estábamos alrededor de los 5400 metros, y la meta parecía al alcance de la mano.

Esa paz primordial se quebró con la silueta de otro guía que, con una cordada de dos chicas canadienses, nos adelantó a un ritmo enérgico que entonces atribuimos a prisa o experiencia. Fue un encuentro fugaz, un cruce de sombras en la penumbra azulada de la madrugada. Minutos después, un estruendo seco, un trueno de roca y hielo, desgarró la tranquilidad. Una nube blanca y densa se elevó tras una cornisa, y en segundos, los gritos sustituyeron al silencio.

El sonido del horror viaja distinto a esa altura, más agudo, más desgarrador. Los guías que iban adelante comenzaron a vociferar pidiendo ayuda. Las piezas del drama se ensamblaron en nuestra mente con fría crudeza: el guía que nos había adelantado había logrado anclarse milagrosamente al hielo, pero la joven que lo acompañaba, Danielle, había recibido el impacto directo de un bloque de hielo "del tamaño de un auto" y yacía inconsciente. La montaña, en ejercicio de su neutralidad absoluta, en ese mismo momento abrió una nueva grieta que aisló físicamente de la escena a los andinistas que subieron antes del accidente, convirtiéndonos en espectadores impotentes de una tragedia que se desarrollaba a pocos metros.

Poco después, el rescate inicial de la otra compañera de cordada pasó a nuestro lado. La imagen de esa joven, llorando y maldiciendo su suerte en inglés mientras era ayudada a descender, se me quedó grabada a fuego. Intentamos comunicar la emergencia por radio, pero solo obtuvimos el silbido estático de la indiferencia tecnológica. No lo dudé: comencé a descender corriendo hacia el refugio José Ribas, una carrera contra el tiempo que me tomó más de una hora con el corazón y la mente estallando en mil pedazos.

La desesperación que encontré en el refugio fue quizás el golpe más duro. No había camillas, ni personal médico, ni teléfono, ni la más mínima señal de celular para alertar al mundo exterior. La modernidad y sus seguridades se esfumaban a los pies del coloso. La espera se hizo eterna, un limbo de angustia, hasta que la cruda realidad nos alcanzó por radio: Danielle Kendall, la atleta universitaria de 22 años, había fallecido. La misión de rescate se transformó, con sombría frialdad, en una operación de recuperación de un cuerpo.

El parque nacional cerró sus puertas. Asistimos, devastados, a una sucesión de intentos fallidos de las autoridades. El personal forense, aquejado por el mal de altura, ni siquiera pudo llegar al refugio y tuvo que ser rescatado él mismo. Los bomberos de Latacunga enfrentaron un destino similar. La montaña se reafirmaba como un territorio que solo sus conocedores más expertos podían desafiar. Fueron los guías de ASEGUIM, unos veinte valientes, quienes finalmente, hacia las cinco de la tarde, recuperaron el cuerpo de Danielle.

El descenso final fue una caminata fantasmal. La preocupación por comunicarnos con nuestras familias, para decirles que estábamos a salvo, se mezclaba con la pesadilla de lo presenciado. La falta de señal nos aislaba aún más, encapsulándonos en una burbuja de conmoción y dolor. La montaña nos había enseñado, de la manera más brutal posible, que su belleza sublime es solo la otra cara de una indomable y letal indiferencia.

La montaña no perdona. Es una frase hecha, un lugar común entre los andinistas que se repite con la solemnidad de un mantra alrededor de una taza de chocolate caliente. La escuché decenas de veces antes de ese 3 de junio. La pronunciaba con respeto, creyendo entender su significado. Pero no fue hasta que el estruendo quebró la madrugada en el Cotopaxi que esas cuatro palabras adquirieron un peso real, un significado tangible y aterrador.

La montaña no es malvada. Esa es una proyección humana, un intento de darle una intención a lo que simplemente es. La montaña es indiferente. Es una fuerza geológica pura, inmutable y majestuosa en su neutralidad. Aquella madrugada, con un hermoso cielo despejado y una nieve perfecta, no estaba enfadada; simplemente era. El bloque de hielo que se desprendió no lo hizo por capricho, sino por las leyes implacables de la física. Y en su camino se encontró con la vida entusiasta de Danielle Kendall.

Presenciar un accidente así no es solo ver un evento trágico; es asistir a un brutal recordatorio de la fragilidad. Es el instante en que la delgada línea que separa la aventura de la tragedia, la vida de la muerte, se revela con una claridad desgarradora. Subíamos con confianza, con la arrogancia silenciosa de quien confía en su equipo y su condición física. En minutos, esa confianza se evaporó, reemplazada por una vulnerabilidad absoluta. Los gritos que rompieron el silencio no eran solo de auxilio; eran el sonido de esa ilusión de control haciéndose añicos contra la roca y el hielo.

La impotencia es quizás la sensación que más perdura. Quedarnos al otro lado de la grieta, aislados, fue una metáfora demasiado literal de nuestra incapacidad para cambiar el curso de los hechos. Ver pasar a la otra compañera, maldiciendo y llorando, fue como ver desfilar el dolor en su estado más puro y crudo. Y la carrera desesperada hacia el refugio, con los pulmones ardiendo a 5000 metros, solo culminó en otra lección: nuestra desconexión. La falta de camillas, de médicos, de señal, nos devolvió a una crudeza ancestral. La modernidad es un castillo de naipes frente a la fuerza elemental de la naturaleza.

El rescate, o más bien la recuperación, se convirtió en un ritual lento y penoso. Ver fracasar a los equipos de rescate oficiales, a los peritos con mal de altura, fue un episodio casi surrealista que acentuó la singular dureza de ese entorno. La montaña, una vez más, imponía sus términos. Fueron los guías, los verdaderos conocedores de sus aristas y sus humores, quienes finalmente lograron la tarea. Aquello me hizo reflexionar sobre el verdadero valor del conocimiento local, de la humildad frente a la fuerza bruta de la logística institucional.

No obstante, la reflexión más profunda llegó después, con el recorte de periódico en mis manos. "Danielle Kendall, 22 años, ingeniera química, atleta". Dejó de ser "la turista" para convertirse en una persona con un futuro, con pasiones, con logros. Su vida, tan llena de potencial, fue interrumpida en un instante por la fría indiferencia de la montaña. No fue un castigo. Fue una intersección catastrófica de dos realidades: la de una joven en la plenitud de su vida y la de un mundo antiguo que sigue sus propias reglas, ajenas a nuestros proyectos.

Aprendí que el respeto a la montaña no es solo llevar el equipo adecuado o entrenar lo suficiente. Es aceptar que, por más preparados que estemos, somos invitados temporales en un reino que no nos pertenece. Que la belleza sublime de una cordillera al amanecer es la misma fuerza que puede resultar implacable. Subir después de eso nunca volvió a ser lo mismo. Cada paso lo doy con una conciencia más aguda, no del peligro, sino del privilegio. El privilegio de sentir el frío en la cara, de alcanzar una cima y de volver a bajar. Porque el verdadero éxito en la montaña no está solo en la cumbre, sino en el regreso. En la posibilidad de contar la historia.

El eco de aquel silencio, el que siguió al estruendo, todavía resuena en mí. No como un trauma paralizante, sino como el recordatorio más humilde y necesario: somos frágiles, y es en esa fragilidad donde reside el valor de cada paso, de cada respiro, de cada vida que, contra toda probabilidad, sigue su curso.



QUITO >

Ciudadana canadiense fallece mientras escalaba el volcán Cotopaxi

03 DE JUNIO DE 2013

La madrugada de hoy una turista norteamericana falleció en el Parque Nacional Cotopaxi tras ser golpeada por un bloque de hielo "del tamaño de un auto," según el reporte oficial.

La turista, Danielle Kendall, de 22 años, era una atleta universitaria en su país de origen.

Ella se encontraba de visita por el país realizando un tour de tres días de ascenso a la montaña junto con otros dos canadienses, quienes se encuentran todavía en la ciudad de Quito.

El Ministerio del Ambiente emitió el informe indicando que el percance ocurrió a aproximadamente a las 03h30 de la madrugada de hoy, a unos 5.400 metros de altura sobre el nivel del mar.

Un vocero de esta cartera explicó que la turista murió de inmediato, pero que policías del GIR, miembros del Cuerpo de Bomberos de Latacunga, Guardaparques del Parque Nacional Cotopaxi y guías ASEGUIM colaboraron en el rescate del cuerpo de Danielle, para luego trasladarlo al Refugio José Ribas (a 4.800 msnm).

Personal del centro informó que un estimado de 20 guías se movilizaron para participar en la búsqueda del cuerpo de la turista.

Un comunicado de la Universidad de Calgary, donde Danielle obtuvo su licenciatura en ingeniería química con especialidad en ingeniería petroquímica, detalló que Kendall había ganado varias medallas como miembro del equipo universitario de atletismo.



Aquella experiencia redefinió para siempre mi concepto de éxito en la montaña. La cumbre pasó a ser un deseo, un premio que la montaña puede o no conceder. La verdadera victoria, la única que cuenta, se sella en el momento en que, cansados pero ilesos, se cierra la puerta de casa. La seguridad se convirtió en el cimiento de cada plan, en la brújula que guía cada decisión. Porque en la naturaleza salvaje, la mayor proeza no es conquistar la altura, sino honrar el increíble privilegio de volver.

“En la montaña, la muerte no es un fracaso, sino un recordatorio de que la vida es frágil y valiosa.” Gaston Rébuffat

Esa experiencia en el Cotopaxi no apagó mi pasión por las montañas; por el contrario, la transformó. Le dio un propósito más profundo y metódico. Cambió la ambición temeraria por un respeto consciente. En los meses siguientes, el impacto de lo vivido me llevó a sumergirme en mapas y libros, estudiando con devoción cada pliegue de la cordillera ecuatoriana. Comencé a ver los volcanes no como trofeos por conquistar, sino como gigantes de historia y piedra a los que hay que aproximarse con conocimiento y humildad.

Fue así como tracé un nuevo objetivo, no como una lista de chequeo, sino como un camino de aprendizaje personal: ir encontrándome con cada uno de estos colosos, no para 'vencerlos', sino para entender sus secretos y, sobre todo, para honrar la promesa de volver. Esta es la lista de esos gigantes que vigilan mi país, las cumbres que desde entonces han poblado mis sueños y han dado un nuevo sentido a cada paso que doy en altura."

Cuadro: Las 10 Cumbres Más Altas de Ecuador

#	Nombre del Volcán/Montaña	Altitud (msnm)	Provincia	Estado
1	Chimborazo	6268	Chimborazo	Inactivo
2	Cotopaxi	5897	Cotopaxi	Activo
3	Cayambe	5790	Pichincha	Activo
4	Antisana	5704	Napo	Activo
5	El Altar	5319	Chimborazo	Inactivo
6	Iliniza Norte	5126	Cotopaxi	Inactivo
7	Tungurahua	5023	Tungurahua	Activo
8	Carihuairazo	5020	Tungurahua	Inactivo
9	Sincholagua	4899	Cotopaxi	Inactivo
10	Guagua Pichincha	4784	Pichincha	Activo

msnm: metros sobre el nivel del mar.

Nota: El Sangay (5.230 msnm) es más alto que algunas de esta lista, pero su acceso extremadamente remoto y peligroso lo hace menos frecuentado.

Fuente: Instituto Geofísico de la Escuela Politécnica Nacional.

Esta lista se convertiría en mi mapa personal. No una carrera, sino una peregrinación. Cada nombre representa una lección por aprender, un paisaje por internalizar y, sobre todo, un retorno seguro por planificar. La montaña ya no es un adversario, sino un maestro severo. Y yo, un estudiante dispuesto a escuchar, con la mochila cargada de prudencia y los ojos puestos en el horizonte, pero con el corazón siempre anclado a la promesa de regresar a casa.

Capítulo 4: Sintiendo la fiebre de Cumbre

El 15 de marzo de 2014, un llamado más de la montaña y la aventura comenzó como tantas otras, con la mochila al hombro y la mirada puesta en las cumbres. Mi primo Jhonatan y yo, junto a Pablo un amigo suyo, deportista y de espíritu indomable, aunque ajeno a los rigores de la alta montaña partimos desde Cuenca con un solo objetivo: Conquistar la cumbre del magestuoso Cotopaxi. Nos acompañaría como guía nuestro experimentado amigo, Telmo Tenemaza, a quien recogimos en Riobamba.

El viaje transcurrió sin contratiempos hasta la hostería Tambopaxi, nuestra base de operaciones. Aquella construcción de lujo, con sus ventanales enormes y elegantes decoraciones, era un universo distinto al de nuestros refugios habituales. La comodidad era un arma de doble filo; un lugar tan acogedor hacía que el desafío que nos aguardaba pareciera aún más lejano y surreal. Pasamos las horas previas al ascenso contemplando la inmensidad del volcán, arropados por el calor de una chimenea de hierro forjado y compartiendo anécdotas que, sin saberlo, pronto se convertirían en un episodio más de nuestra historia.

Al caer la noche, el silencio y la comodidad nos vencieron. De no ser por las alarmas, el sueño nos hubiese arrastrado hasta el amanecer, lejos de nuestra cita con la montaña.

El Manto Blanco y la Primera Duda

El vehículo 4x4 forcejeó durante más de una hora hasta llegar al parqueadero, donde un manto de nieve de medio metro de profundidad nos recibió con un silencio siniestro. Era las 11:50 p.m. cuando comenzamos el ascenso. Con cada paso, la nieve parecía tragarnos enteros, y lo que en condiciones normales es un trayecto de treinta minutos hasta el refugio José Ribas, se convirtió en una batalla agotadora de una hora. La nieve, que en un momento nos llegó a la cintura, nos robaba las fuerzas que sabíamos cruciales para la cima. Alcanzar el refugio, reducido a un esqueleto en remodelación, no fue un triunfo, sino un recordatorio de nuestra vulnerabilidad.

Fue entonces cuando Pablo mostró las primeras señales. Su mirada se nubló, característico mareo de la falta de oxígeno. Telmo, con la calma de quien conoce la montaña, le ofreció la opción de regresar al vehículo. "Si ustedes pueden, yo también", respondió Pablo con una seguridad que nos conmovió, pero que en el fondo sembró una semilla de inquietud.

Reanudamos la marcha, pero la montaña cambió de actitud. El viento se desató con furia, azotándonos con una ventisca de cristales de hielo que se estrellaban contra nuestros rostros como

agujas. Mis pestañas se congelaron, difuminando el mundo en un telón blanco. Me aferré a la silueta de Telmo, preguntándome cómo era capaz de orientarse en aquel caos.

Fue cuando me percaté de la marcha errante de Pablo, zigzagueando como un hombre ebrio. Le grité, pero el viento se llevó mis palabras. Me detuve, la cuerda se tensó y Telmo se volvió. En una pendiente helada, revisamos a Pablo: tenía los ojos cerrados, al borde de la inconsciencia. Habíamos ascendido apenas 300 metros desde el refugio, y la tormenta nos envolvía por completo.

La Decisión Imposible

"¿Qué quieren hacer?", preguntó Telmo. Pablo no podía bajar solo. La lógica era clara: regresar todos. Sin embargo, la cumbre nos llamaba con un canto casi hipnótico. En un acto de temeraria esperanza, concebimos un plan desesperado. Pablo, anclado a una estaca de nieve, esperaría mientras Telmo nos guiaba a Jhonatan y a mí para alcanzar a una cordada que se vislumbraba débilmente más arriba. Luego, Telmo regresaría por Pablo para bajarlo al vehículo.



Todos aceptamos. Lo que siguió fue una carrera contra reloj en la que cada salto era una agonía. Correr a esa altitud, con la nieve aprisionándonos, fue el esfuerzo más brutal de mi vida. Pero tras veinte minutos infinitos, alcanzamos al grupo. La frase "cumbre o muerte" dejó de ser un lema para convertirse en una posibilidad tangible.

El silencio se hizo de pronto, denso y blanco, cuando la figura de Telmo se desvaneció tras el velo de nieve. Había partido a la carrera, descendiendo por la pendiente con una urgencia feroz, convertido en la única esperanza de llevar a Pablo al vehículo y ponerlo a salvo.

Minutos después el cielo, entonces, se apiadó de nosotros. Las nubes se abrieron, cesó la nevada y, gateando, con la cabeza martilleada por el mal de altura y la desesperación, alcanzamos la cima. No hubo euforia, solo un alivio exhausto. El paisaje era increíble, sin embargo, no pudimos saborearlo. La inquietud por Pablo y Telmo envenenaba nuestro triunfo.

El descenso fue un suplicio mental. Cada paso era una interrogante. ¿Estarán a salvo? El remordimiento y el miedo eran compañeros más pesados que cualquier mochila.



El Reencuentro y el Precio

Horas después, llegamos al vehículo con el alma en vilo. Entonces, las puertas del vehículo se abrieron y descendieron Telmo y Pablo, sonrientes. El abrazo que nos dimos contenía todo el alivio del mundo. La imprudencia no nos había cobrado la factura... o eso creía.

Fue en la ducha de Tambopaxi, con el agua caliente impactando en mi pie, cuando sentí el verdadero costo de la cumbre. La piel de los dedos pequeños de mis pies había desaparecido, raspada hasta la carne viva por la carrera desesperada. El dolor, agudo e inequívoco, era el recordatorio físico de nuestra osadía.

Mientras empacábamos para el regreso, una comprensión más profunda y humillante se apoderó de nosotros. Mirando a Jhonatan y luego a mis pies vendados, comprendimos de primera mano qué era la "fiebre de cumbre": un estado de obcecación temeraria en el que el objetivo, un simple punto geográfico, nubla todo juicio y se vuelve más valioso que la vida misma, que la seguridad de un compañero, que la razón. Nos habíamos crecido por encima de nuestras capacidades y, por un instante, habíamos sopesado la gloria vacía de una cima contra el valor de una vida.

El Cotopaxi, en su infinita sabiduría, no nos había castigado con una tragedia, sino que nos había concedido la más misericordiosa de las lecciones: nos mostró el abismo al que nos asomamos, para que jamás volviéramos a acercarnos.

Preparamos el regreso en silencio, con un profundo respeto grabado en el alma. Le dimos gracias al Cotopaxi, no por dejarnos conquistarlo, sino por ser benevolente y permitirnos salir de sus faldas con vida, habiendo aprendido la lección más valiosa de la montaña: su majestad no perdona la arrogancia, pero a veces, concede una segunda oportunidad a quienes están dispuestos a aprender.

“La obsesión por la cumbre puede cegar al más sabio; la verdadera victoria está en el regreso.”

Ed Viesturs

Capítulo 5: Cristales de nieve en la mitad del mundo

Varios meses después el teléfono vibró con la noticia que ansiosamente esperábamos. Al otro lado de la línea Pancho Salinas y las palabras mágicas: el guía de alta montaña Germán Jara Landivar estaba listo para acompañarnos. Franklin hermano de Germán se uniría a nuestro grupo desde Quito, y la propuesta era tentadora: conquistar el nevado Cayambe, el gigante volcánico atravesado por la línea ecuatorial. Sin perder un segundo, contacté a mi primo Jhonatan, cuyo "sí" fue inmediato y entusiasta. Éramos tres otra vez, con la mira puesta en la cumbre.

La organización fue distinta a nuestras hazañas habituales. La distancia desde Cuenca hasta el Cayambe hacía impensable la travesía en carro, esa locura recurrente al Cotopaxi donde, tras conducir toda la noche, hacíamos cumbre y emprendíamos el agotador regreso manejando. Esta vez, optamos por la comodidad: boletos de avión. Germán nos esperaría en el aeropuerto de Tababela con su 4x4 para llevarnos directamente al refugio. Preparamos todo con la tranquilidad de quien sabe que sus mochilas, siempre listas para la aventura, solo necesitan un destino.

La anticipación marcó el amanecer del domingo 8 de febrero de 2015. En el aeropuerto de Cuenca, con nuestros tickets en mano, crampones y piolets perfectamente empacados, embarcamos. En apenas treinta minutos de vuelo, aterrizamos en Tababela. Allí, como lo prometido, estaba Germán. La sensación era novedosa y lujosa llegar casi a destino sin la pesadez de noches enteras al volante. Por primera vez, éramos solo turistas contemplando el paisaje que se desplegaba desde Quito hacia el norte.

Saliendo de la autopista para dirigirnos al refugio sobre un camino de piedra, nuestro viaje se interrumpió por un hallazgo insólito: un restaurante ambulante montado en una moto. Una señora y su marido eran los dueños; en la gran canasta de su vehículo transportaban todo lo necesario: choclos, queso y carne de llamingo. No lo dudamos y paramos. Aquella comida, simple pero reconfortante, resultó ser un oasis en el paisaje desolado que nos rodeaba, un encuentro tan inusual como bienvenido.

Tras una hora por autopista y otra por caminos agrestes, alcanzamos el Refugio Ruales Oleas Berge, a 4.700 metros de altura. Era un lugar cómodo, recién restaurado. Al entrar, me llamó la atención un montón de ropa e indumentaria colgada frente a la chimenea, secándose. ¿Cómo se habrían mojado si el clima era bueno? La respuesta llegaría con la madrugada.



La cena y la convivencia alrededor del fuego estuvieron llenas de anécdotas, risas y esa certeza absoluta de que la cumbre sería nuestra. Grabamos videos, tomamos fotos, confiados. El plan era salir a las 11:00 pm de la noche. Pero la montaña tenía sus propios designios. Al despertarnos, la lluvia golpeaba el refugio con una furia inusual. Esperamos ansiosos, sin embargo, cada vez que nos asomábamos, el aguacero arreciaba. Me sorprendía; en alta montaña había visto granizar o nevar, pero nunca llover con tanta intensidad.

A la 1:30 de la madrugada, con la lluvia incansable, tomamos la decisión: ascenderíamos. El agua, azotada por vientos feroces, parecía llover hacia arriba, colándose por las mangas del impermeable. Guardé mis guantes, reservándolos para la cumbre; solo tenía tres pares ligeros y unos mitones. La perseverancia era nuestro estandarte.

Al pasar por Picos Jarrín, la nieve ya no era sólida, sino una especie de agua nieve. Germán advirtió el peligro y sugirió el retorno. Nos negamos rotundamente. Lo convencimos de avanzar un poco más, prometiendo dar media vuelta si la situación se tornaba insostenible, aunque en nuestro interior jamás aceptaríamos volvernos sin luchar.



Poco antes del amanecer, la lluvia cesó. Habíamos avanzado lo suficiente para, cerca de las ocho de la mañana, ser recompensados con una vista espectacular de Picos Jarrín. El cielo se despejaba, mostrando un atisbo de la cumbre y las rocas al lado izquierdo de la grieta cimera. No había puentes de hielo, así que tuvimos que rodearla. Unos treinta minutos antes de la cima, comenzó a nevar, pero nada nos detuvo. Bordeamos la grieta que separa la cumbre de la rampa y, al fin, pisamos la cima.

Nos tomamos un respiro, nos felicitamos y por el mal clima tuvimos que iniciar el descenso casi de inmediato, fue sobre un manto blanco recién caído que borró por completo nuestras huellas de subida. La pericia de Germán fue nuestra brújula. Éramos los únicos en la montaña; las demás cordadas, desalentadas por la lluvia, habían desistido casi al inicio. La perseverancia nos había regalado no solo la cumbre, sino el recuerdo imborrable de ver, a través de una grieta, un río subterráneo que corría por las entrañas del glaciar, un líquido cristalino y ruidoso escondido de la vista del resto de la humanidad.

En la última rampa, ya sin crampones, me separé del grupo. Quería acercarme al glaciar, contemplar de cerca ese color menta que me hipnotizaba. En un descuido, pisé morrena, una mezcla traicionera de tierra negra y hielo, salí volando. La caída fue inofensiva, de espaldas. Al sentarme, me invadió un silencio absoluto. No había viento, no había voces. Solo yo, el paisaje y una paz sobrecogedora.

Fue entonces, sentado allí, cuando sentí una diminuta gota en el rostro. Comenzaba a nevar. Pude ver los cristales de nieve, con sus formas geométricas perfectas, cayendo con una lentitud surreal. Extendí la mano, protegida por el guante, y esperé. Uno de aquellos pequeños milagros helados aterrizó en mi palma. Hermoso y frágil, se derritió casi al instante por el calor de mi cuerpo. Fue una experiencia inquietante, una mezcla de cansancio, júbilo y agradecimiento. Pensé en mi cámara, pero entendí que algunos instantes son demasiado puros para ser capturados; solo se viven.

De regreso al refugio recogimos nuestros equipos, German nos condujo de vuelta a Tababela. El regreso a la civilización fue caótico: las mochilas, antes ordenadas, ahora dejaban asomar crampones, y yo cargaba el piolet en la mano, desorganizado y exhausto. Tuvimos que envolverlo apresuradamente en plástico para que me permitieran abordar el vuelo de regreso a Cuenca. Llegamos a casa, con el corazón aún en la montaña y la mente ya planeando la próxima aventura.

“En cada cristal de nieve, la montaña nos susurra secretos que solo el corazón entiende.”

John Muir

Capítulo 6: La confusión en el Iliniza Sur.

La confianza es un farol que a veces alumbró caminos equivocados. Tiempo después, tras haber coronado en varias ocasiones la cumbre del Iliniza Norte, mi primo Jhonatan y yo nos creímos preparados para desafiar al gigante de roca y hielo: el Iliniza Sur, la segunda cumbre más técnica del Ecuador, solo superada por el temido Obispo en el Altar.

Convencidos de nuestra destreza, contactamos a nuestro amigo y guía de toda la vida, Telmo Tenemaza, un guía curtido en las montañas del Cotopaxi y Chimborazo. Una breve conversación telefónica bastó para sellar el pacto: él nos llevaría a la cumbre tan ansiada.

La aventura comenzó con el largo viaje desde Cuenca. Recogimos a Telmo en Riobamba y pusimos rumbo a Chaupi, ese pequeño pueblo encaramado en las faldas del coloso, donde dejamos el vehículo. El destino quiso que nuestra fecha elegida coincidiera con un día festivo. Los arrieros, con mejor juicio que nosotros, estaban de celebración. No habría mulas que aliviaran nuestra carga. Así, cargando con todo el equipo a nuestras espaldas, iniciamos la exhaustiva aproximación por arenales y pajonales, bajo un sol inclemente y unos paisajes que, aunque familiares por nuestras incursiones al Norte, esta vez parecían observarnos con más severidad. La última subida al refugio Nuevos Horizontes, a más de 4.700 msnm, fue una agonía vertical que puso a prueba nuestra determinación desde el primer momento.



Pero el esfuerzo tuvo su recompensa inmediata. El refugio nos recibiría con un paisaje de ensueño: ambas cumbres, Norte y Sur, vestidas de un blanco impoluto, y a nuestras espaldas, la majestuosa silueta del Cotopaxi, que parecía flotar sobre un mar de nubes. Era una imagen tan impactante que se nos quedaría tatuada en nuestra memoria.



Para llegar al refugio, fueron horas interminables cargando todo el equipo con nuestro propio esfuerzo. Recuerdo mi sleeping de entonces: voluminoso y pesado. Mi plan era enviar una de las dos mochilas con las acémilas, pero la mala suerte quiso que tuviera que cargarlas ambas.

El sleeping, mal equilibrado, se balanceaba con cada paso en la arena suelta, haciendo de la progresión un vaivén agotador y desesperante. Cada oscilación convertía el avance en una lucha constante contra el peso y la pendiente.

Al llegar al refugio Nuevos Horizontes El "Gato" Flores, el administrador del refugio, nos dio la bienvenida. Agotados, nos acomodamos en las literas, y en un breve paseo al atardecer, nos topamos con zorros andinos de mirada curiosa. La noche cayó con un cielo estrellado y un frío cortante. Tras una cena reconfortante, nos entregamos al sueño, con la esperanza de que el amanecer nos trajera la cumbre.



A las 5:00 de la madrugada del domingo 31 de agosto de 2014, comenzamos los preparativos. Éramos una cordada de tres: Telmo, Jhonatan y yo. Con las primeras luces, empezamos a caminar por el collado que separa las dos cumbres. Fue entonces cuando la confusión sembró la duda en nuestra expedición. Telmo, con paso firme, comenzó a girar hacia la derecha, en dirección al Iliniza Norte.

"Telmo, ¿estamos bien? Creía que el Sur era a la izquierda", le dije, con un presentimiento helándome la sangre.

"El Norte es por aquí", respondió él.

"Pero nosotros vamos al Sur. Al Norte ya hemos ido varias veces".

Telmo se detuvo en seco. Un silencio pesado se instaló entre nosotros. "Yo entendí que querían ir al Norte", confesó. "Para el Sur se necesita una cuerda de 60 metros, y yo solo traje una de 25. Es una ruta técnica... y yo nunca he estado en la cumbre Sur".

Sus palabras nos dejaron paralizados. Un nudo de frustración y temor se apoderó de nosotros. Habíamos viajado hasta allí, cargado con tanto peso, y nuestro guía nos conducía a otra cumbre. La desazón fue breve, reemplazada por una tozuda determinación. "Intentemos", dijimos.

Regresamos al refugio con la esperanza puesta en el Gato. Por fortuna, él tenía una cuerda larga que nos prestó de buena gana, no sin antes soltar una advertencia que nos heló la sangre: hacía un mes, dos andinistas habían fallecido al resbalar y precipitarse al vacío en su intento por conquistar el Sur.

Con la nueva cuerda y la advertencia resonando en nuestros oídos, emprendimos de nuevo la marcha, esta vez hacia la izquierda. Telmo encontró un paso precario en la pared de piedra que nos llevó hasta una cornisa de hielo. Superado aquel primer obstáculo, creímos que lo peor había pasado. Pero la montaña guardaba otra sorpresa.



Ascendíamos por una rampa interminable y empinada, con la cuerda estirada en largos de 40 metros, dando seguridad a Telmo que abría la ruta. De pronto, desapareció de nuestra vista. La cuerda se tensó de forma violenta. Nuestros corazones se detuvieron: había caído en una grieta oculta. Tiramos con todas nuestras fuerzas y, unos segundos después, emergió, conmocionado por la caída.

"¡Está peligroso! No vale la pena seguir", gritó, con el rostro descompuesto.

Nos miramos, la duda nos asaltaba de nuevo. Pero la cumbre estaba tan cerca... Telmo, recuperándose del susto y con nuestros gritos animándole, intentó una variante por la roca y funcionó. Ese fue el último desafío. Tras superar una pequeña rampa final, allí estábamos: en la cima del Iliniza Sur. La euforia nos inundó. Éramos los únicos tres andinistas ese día en la cumbre del Iliniza sur.



El cielo, completamente despejado, nos regaló una vista panorámica de los volcanes del Ecuador. Y entonces, mi mirada se fijó en uno en la lejanía que parecía exhalar humo. "Es el Tungurahua", confirmó Telmo. "Está en erupción". Fue un espectáculo estremecedor, un regalo del destino: presenciar la furia de la tierra desde la paz conquistada de la cumbre.



Ignoraba entonces que los giros del destino me llevarían, en una futura expedición, a la cumbre de ese mismo volcán en erupción. El Tungurahua me llamaría, y yo respondería para contemplar de cerca su furia, para experimentar en carne propia su fuerza indómita.

Volviendo al sur, el mundo entero parecía en calma, en un estado de perfecto equilibrio, tal y como siempre debió ser. Desde nuestra atalaya de roca y hielo, admiramos las esculturas efímeras que el viento maestro había esculpido en la cumbre: caprichosas formaciones de hielo que brillaban bajo el cielo claro. Nuestra mirada recorría los picos adyacentes, buscando almas en la inmensidad.

Al frente, totalmente despejado y majestuoso, se alzaba el Iliniza Norte. Escudriñé sus laderas con la esperanza de divisar a otros andinistas, una silueta que compartiera aquel momento sublime. Pero no logré ver a nadie. Una revelación nos embargó: en ese instante preciso, éramos los únicos seres humanos entre las dos cumbres, dueños de un silencio monumental y testigos solitarios de la grandiosa belleza del mundo.

En la cumbre del Iliniza Sur, mi primo Jhonatan registraba con su cámara la imponente cumbre Norte. Nos felicitábamos por haber alcanzado aquel lugar privilegiado, por la decisión correcta que nos permitió coronar la cima con éxito. Los tres, invadidos por una felicidad serena, contemplábamos la majestuosidad de la montaña en su máximo esplendor. El viento helado acariciaba nuestros rostros sin prisa, como queriendo unirse a nuestro triunfo. A nuestros pies, las nubes se desplegaban como un océano de algodón infinito. En ese instante de gloria, el esfuerzo de la ascensión se transformó en pura gratitud.



En la cumbre sur, cada uno encontró su propia manera de apresar ese momento.



Tomamos fotografías, sellando el momento para la eternidad, y nos sumergimos en la inmensidad que nos rodeaba. El descenso al refugio fue rápido, pero el camino de vuelta al parqueadero, cargando de nuevo con todo el equipo, se sintió eterno. Finalmente, una camioneta nos esperaba para llevarnos de vuelta a Chaupi, donde nos embarcamos en el viaje de regreso a Cuenca, no solo con el cansancio en los huesos, sino con la lección más valiosa que la montaña puede dar: la humildad es el equipaje más importante en cualquier mochila.

**“La humildad es el mejor equipaje en la montaña;
sin ella, cualquier cumbre se vuelve peligrosa.” Walter Bonatti**

Capítulo 7: Antisana y la lluvia de estrellas.

Como tantas otras veces, la aventura no nació de la nada. Nunca lo hace. Siempre hay un comentario, una fotografía deslumbrante, un relato de hazaña o un accidente fortuito que, como un imán, atrae la mirada hacia tal o cual montaña. Así comienza todo: una minúscula gota de curiosidad que, rodando, se va agrandando. Es como cuando una bola de nieve cae por una pendiente helada; se vuelve imparable, crece en la caída, y lo que empezó como un susurro termina siendo un rugido en el corazón. Así empiezan las grandes aventuras. Y esta, la que nos llevaría al lomo del Antisana bajo una lluvia de estrellas y una tormenta de hielo, no sería la excepción.

Jhonatan y yo, fieles a nuestra costumbre, vivíamos con los ojos puestos en las cumbres. Seguíamos ascensiones, accidentes y, sobre todo, las fotos que los afortunados lograban capturar en la cima de los volcanes. Fue en ese constante husmear que el Antisana, un gigante que aún no habíamos desafiado, clavó su nombre en nuestra imaginación.

Investigué y descubrí que el Antisana es un coloso de 5.758 metros, un estratovolcán cubierto por un manto de glaciares que son el corazón acuífero de la región. Se alza en la Cordillera Oriental de Ecuador, un núcleo de roca y hielo custodiado por el Parque Nacional que lleva su nombre, un reino de páramos y biodiversidad. Su compleja silueta, con picos que narran distintas eras geológicas, era un desafío que nos llamaba.

La decisión estaba tomada. Nuestro amigo Pancho, con su experiencia, nos ayudó a seleccionar al guía para esta aventura: Pablo Chiquiza. La llamada a Quito selló el trato. Pablo sería nuestro sherpa en esta nueva travesía. Fijamos la fecha, pero la suerte no acompañó a Pancho; sus responsabilidades laborales le impidieron unirse. Nos deseó la mejor de las suertes con la promesa de que, la próxima vez, seríamos los tres en la cumbre.

La fecha elegida, el jueves 30 de julio de 2015, tenía un condimento celestial: coincidía con el pico de las lluvias de meteoros Delta Acuáridas y Alfa Capricórnidas. Una doble función cósmica. Se prometían hasta veinte estrellas fugaces por hora, con la posibilidad de ver bólidos espectaculares cruzando el firmamento. La noche del 29 al 30, lejos de la contaminación lumínica, sería el escenario perfecto. La sola idea de presenciar ese ballet estelar mientras ascendíamos me tenía en un estado de emoción febril. Ansiaba que llegara el día.

El entrenamiento fue riguroso. Un mes entero trotando por los senderos de El Cajas en las noches, haciendo recorridos de 7 km entre La Toreadora y Tres Cruces, o desde Rancho Hermanos Prado. Pusimos a prueba nuestro cuerpo y nuestra voluntad. Y finalmente, el día llegó.

Salimos de Cuenca rumbo a Quito en un viaje largo que culminó con el encuentro con Pablo. Tras los preparativos finales y armado el plan, descansamos en la capital. A la mañana siguiente, alquilamos un vehículo 4x4, imprescindible para adentrarnos en los dominios del Antisana.



La ruta desde Quito fue un viaje a través de paisajes cambiantes: pueblitos pintorescos, pastizales extensos y varios controles, hasta que finalmente nos autorizaron el ingreso al parque nacional, firmando una hoja que nos hacía responsables de nuestra propia aventura. Condujimos hasta nuestro campamento base: un lugar conocido como Los Crespos. Allí, entre otros andinistas que también intentarían la cumbre, armamos nuestras carpas y descansamos, esperando la hora cero.

A las 11:00 p.m. suena la alarma. El silencio de la noche se rompe con nuestros movimientos. Preparamos el equipo con movimientos mecánicos, y comenzamos el ascenso. El primer tramo, relativamente plano, nos llevó hasta una estación meteorológica. Todo a nuestro alrededor estaba cubierto por un manto blanco e impoluto. Junto a la estación, se alzaba lo que parecía una pirámide perfecta de hielo y nieve, una rampa gigantesca que, desde nuestra perspectiva, llegaba directo a la cumbre. La visión era imponente, y un pensamiento cruzó mi mente: "Esto va a estar duro".

Pero la noche era un prodigio. Completamente despejada, el cielo era un tapiz negro punteado de infinitas estrellas. No soplabla una brisa. Todo estaba en calma. Un optimismo ingenuo me invadió: "La cumbre es pan comido", pensé.



Alrededor de una hora después de comenzar el ascenso, levanté la vista. Y entonces, la magia sucedió. La lluvia de estrellas comenzó a golpear la atmósfera. No eran una o dos; era un espectáculo frenético. Meteoros cruzando en todas direcciones y ángulos imaginables, separados a veces por segundos, a veces por minutos. Era de una belleza tan sobrecogedora que me era imposible apartar la mirada. Recuerdo avanzar con la cabeza hacia atrás, los ojos clavados en el firmamento, contemplando ese fenómeno inusual mientras mis pies, por inercia, seguían la huella de Jhonatan.

La alegría, sin embargo, fue efímera. En cuestión de minutos, la calma absoluta se transformó en un infierno blanco. Una tormenta de hielo, con vientos huracanados, se desató sobre nosotros. La fuerza era tal que nos obligaba a tirarnos al suelo para no ser arrastrados. El cambio fue tan radical y violento que nunca lo había experimentado en ningún volcán. Pablo nos gritó por encima del rugido: "¡Es la época de vientos, es normal!" Sus palabras nos tranquilizaron un poco, pero la

realidad era palpable: el frío comenzaba a congelar mis guantes, y la cuerda que nos unía se había vuelto rígida como una barra de acero.

Antes de la cumbre, el Antisana nos mostró otra de sus trampas: una grieta cuyo puente de hielo se había quebrado, dejando ver profundos abismos. La montaña parecía un queso gruyer, y nosotros, saltando con cuidado de un islote de hielo a otro, esquivando los huecos que parecían no tener fondo. El miedo a una caída al vacío era una sombra constante.

El viento se volvió tan feroz que, a apenas diez metros de la cima, nos detuvimos. Era una locura intentarlo; la corriente podía arrancarnos y lanzarnos al abismo. Esperamos agazapados, nuestro equipo cascos, linternas, ropa, cubierto por una gruesa y rígida capa de hielo que restringía cada movimiento. Me estaba congelando.

Finalmente, en una breve calma, alcanzamos la cumbre. No hubo tiempo para celebraciones. El frío era un enemigo letal. Logré tomar un video breve, borroso y casi inútil, donde solo se veía una mancha blanca y el sonido aterrador del viento, antes de que la batería de mi cámara, vencida por el hielo, muriera por completo. Iniciamos el descenso de inmediato, exhaustos y entumecidos. El Antisana nos había recibido con toda su dureza.



El camino de regreso fue una prueba de resistencia pura. A las 6:30 a.m., ya con la tenue luz del amanecer, encontramos un lugar para un breve descanso. El agotamiento y el frío extremo nublaban mi visión. Supongo que el impacto constante de los cristales de hielo en mis ojos había causado ese efecto. Veía borroso, lo que me hizo tropezar y caer varias veces durante el descenso.



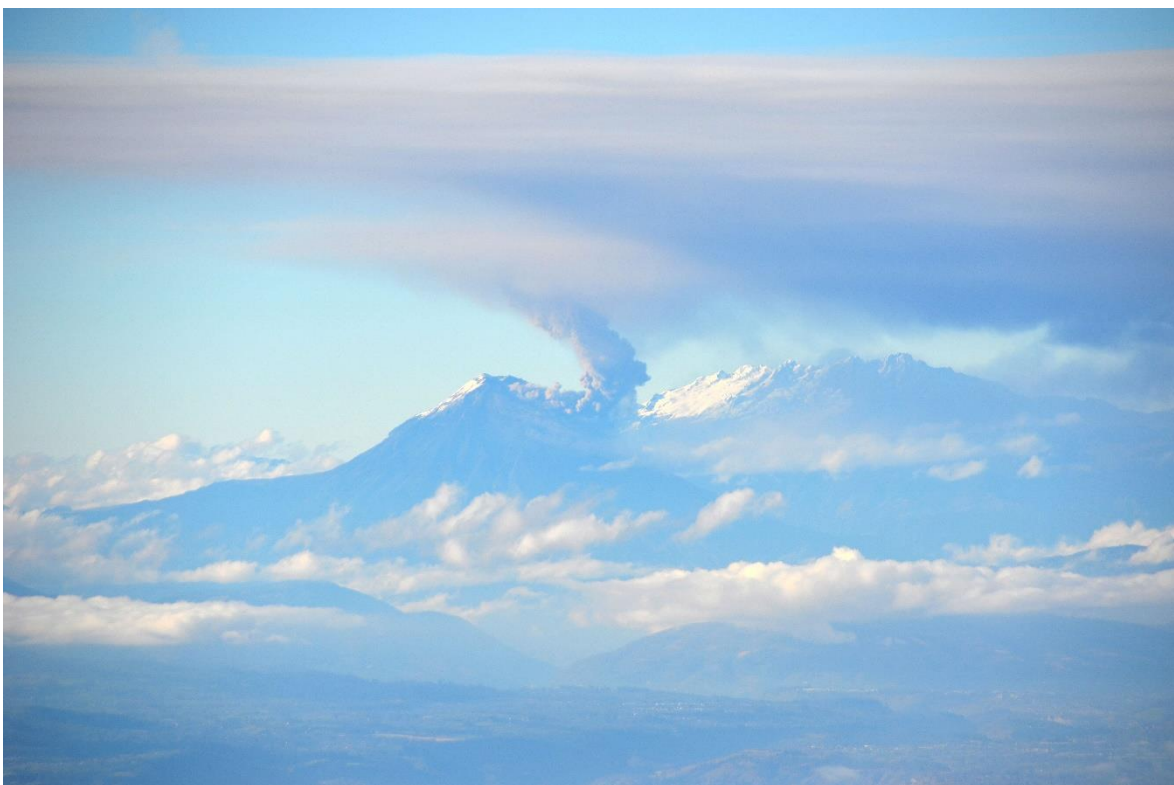
Horas después, ya en la base de la montaña, nos volvimos para mirar la cumbre una última vez. Comentamos, con una mezcla de respeto y alivio, lo mal que nos había tratado el gigante. Recogimos el campamento y emprendimos el viaje de regreso a Quito, y de allí, a Cuenca. Llevábamos en el cuerpo el cansancio de la batalla, pero en la memoria, para siempre, el doble espectáculo: la danza sublime de las estrellas y la furia indomable del viento.

“Bajo el manto de las estrellas, somos tan pequeños como significativos.”

Maurice Herzog

Capítulo 8: Tungurahua el volcán de fuego y piedras.

Paso mucho tiempo desde mi última aventura en las montañas, hasta que la rutina se rompió con la vibración familiar del teléfono. Al otro lado, la voz entusiasta característica de Pancho Salinas, un compañero de aventuras de toda la vida, me proponía un nuevo reto: ascender el volcán Tungurahua, partiendo desde el pintoresco pueblo de Baños de Agua Santa. La ironía del destino me golpeó de inmediato. Años atrás, desde la cumbre del Iliniza Sur a 50 km de distancia del volcán Tungurahua, había sido espectador de una de sus furiosas erupciones que pude plasmar en algunas fotografías. Ahora, el volcán me invitaba a conocerlo de cerca. No hubo necesidad de pensarlo dos veces. Un "de una Doctor" fue la única respuesta posible.



La casualidad de estar en la cumbre del Iliniza sur en el preciso momento de la erupción del Tungurahua y que además este totalmente despejado entre los dos nevados fue un regalo inesperado, coronado por la previsión de haber llevado a la cumbre un lente de 200mm para poder capturar esta imagen única.

Le comparto el informe del Instituto Geofísico Escuela Politécnica Nacional sobre este evento:



Sábado, 30 agosto 2014 21:51. INFORME ESPECIAL DEL VOLCÁN TUNGURAHUA - N° 21. Descenso de flujos piroclásticos la tarde de hoy 30 de agosto 2014.

Recuerdo mi mochila, una vieja compañera fiel, siempre estaba en un estado de pre alerta. El ritual de preparación fue rápido: una revisión metódica del equipo, asegurándome de todo este en su lugar. Al investigar los detalles de la ruta, una cifra me sorprendió: más de 2000 metros de desnivel. Aunque el Tungurahua no se encuentra entre los colosos más altos de los Andes (5023 msnm), su particular geografía, naciendo desde las profundidades del valle, prometía una ascensión larga y extenuante.

Días después de la llamada, el punto de encuentro fue el Parque de la Madre en Cuenca. Allí, entre mochilas y saludos efusivos, se fue formando el grupo. Subimos a un bus que, tras un viaje nocturno muy tranquilo, nos dejó en las calles adoquinadas de Baños muy temprano en la mañana. El pueblo era un hervidero de turistas y aventureros.

Dedicamos el día a explorar sus maravillas naturales: nos maravillamos ante la potencia cruda del Pailón del Diablo, cruzamos puentes colgantes que se balanceaban sobre abismos verdes y sentimos la bruma helada de las cascadas en nuestros rostros.

Desde miradores estratégicos, observamos hipnotizados la fuerza del caudal del río, un torrente blanco de espuma que se estrellaba con furia contra las rocas, desde esa gran altura observábamos a los turistas diminutos que se paseaban desafiando el peligro entre los balcones y gradas.



Luego de recorrer hermosos parajes de Baños de Agua Santa, estábamos listos para iniciar nuestro reto, subir el Volcán Tungurahua, el acceso vehicular terminaba donde empezaba la verdadera aventura. Unas camionetas 4x4 nos llevaron por un camino rustico de lastre, hasta el punto donde la civilización se rendía ante la montaña. A partir de ahí, nuestras piernas serían nuestro único motor. La ascensión al Tungurahua, se divide tradicionalmente en dos jornadas para hacer frente al agotador desnivel, aunque algunos temerarios intentan el asalto en un solo y agotador día.

El primer tramo fue una inmersión en un mundo casi prehistórico. La senda serpenteaba a través de túneles naturales formados por una vegetación tan densa que filtraba la luz del sol, creando un ambiente de ensueño húmedo y verde. El suelo era un tapiz de lodo, raíces y piedras resbaladizas. La atmósfera, pesada y calurosa, se iba turnando con bancos de neblina fría que lo envolvían todo en un silencio súbito, para luego dar paso a un sol inclemente que nos recordaba el esfuerzo. Era un paisaje de cuento de hadas, pero uno que exigía un peaje físico.



Después de horas de marcha lenta pero constante, alcanzamos el refugio "Garganta de Fuego". El nombre no podía ser más acertado. A su lado, las ruinas del antiguo refugio yacían como un mudo testimonio del poder destructivo del volcán: planchas de eternit destrozadas por el impacto de rocas incandescentes durante pasadas erupciones. Era un recordatorio escalofriante de que estábamos en las fauces de un gigante solo dormitante.

El nuevo refugio era un oasis espartano. Esa noche, después de organizar el equipo para el asalto final, nos asomamos a la puerta. La vista era impresionante: a lo lejos, las luces de Baños titilaban como un collar de diamantes en la oscuridad del valle. Cenamos algo caliente, una sopa reconfortante que sabía a gloria, y nos entregamos a un sueño inquieto, con la mente siempre puesta en la cumbre.

El Despertar y la Sombra del Peligro

Nuestro guía, Ñato de las cumbres, un hombre de montaña curtido por el viento y el frío, nos despertó temprano en la mañana. Nos vestimos con varias capas, revisamos por última vez los crampones y los piolets, y salimos del refugio. La mañana estaba en calma, envuelta en una neblina espesa y silenciosa. No soplaban el viento. Alguien gritó "Vamos muchachos", marcando el inicio del ascenso.

El cambio del entorno fue drástico y repentino. Apenas a unos metros del refugio, el mundo verde y húmedo desapareció por completo, transformándose en un paisaje lunar y desolado de roca volcánica suelta y ceniza. El avance se volvió más lento y técnico, con cada paso cuidadosamente calculado para no resbalar. A lo lejos, distinguimos otros andinistas que progresaban por la pendiente, tal vez unos 200 metros por delante de nosotros.

Fue entonces cuando el silencio se quebró de la forma más violenta.

Primero fueron gritos confusos, luego silbatos agudos que atravesaron la bruma. No entendí lo que ocurría hasta que la palabra, cargada de urgencia, llegó clara: "¡Piedras! ¡Cuidado!". Una de las cordadas de adelante, sin querer, había desestabilizado un tramo de la pendiente, desatando una lluvia de proyectiles que bajaban rebotando hacia nosotros de forma errática, imposible de predecir. Fueron segundos de pura confusión. Instintivamente, me agaché y me cubrí la cabeza con los brazos y el piolet, contrayendo el cuerpo en un intento inútil de hacerme más pequeño.

Un grito desgarrador me alertó. Una piedra del tamaño de un puño había impactado con un golpe seco en la pierna de una compañera, que cayó al instante. Un instante después, sentí un impacto violento en mi propia pierna izquierda. No fue un dolor inmediato, sino una fuerza bruta, como si un cable invisible me hubiera jalado con tremenda potencia, haciéndome perder el equilibrio por completo. El mundo giró y caí de forma aparatosa sobre la roca volcánica y hielo. Al alzar la vista, aturdido, alcancé a ver la piedra culpable, del tamaño de un balón de fútbol, alejándose velozmente cuesta abajo.

La sensación era surrealista, como estar dentro de un sueño a cámara lenta. La realidad parecía distorsionada. Pancho, que milagrosamente había esquivado la roca que me golpeó, se acercó gritándome: "¡Levántate, pueden caer más!". Su voz me sacó del estupor. Con un esfuerzo, me puse de pie.

Para mi sorpresa, podía apoyar la pierna. Pero algo no estaba bien. No sentía dolor. De hecho, no sentía nada. Desde la rodilla hacia abajo, mi pierna izquierda era un miembro ajeno, pesado e insensible. La adrenalina, me dije a mí mismo, intentando calmarme, era un anestésico poderoso. Mientras podía caminar, había esperanza.

La Decisión

Revisamos los daños. Habíamos ascendido unos 400 metros de desnivel desde el refugio. Nos faltaban aproximadamente 600 metros, los más difíciles, para alcanzar la cima. La encrucijada era clara y desgarradora. La opción sensata era dar media vuelta, descender y atender las lesiones. Pero allí estaba, de pie, mirando hacia la cumbre que se intuía en la bruma. Podía moverme. La falta de dolor era un argumento engañoso pero poderoso. "Es solo un golpe, un moretón", me convencí. Tomé la decisión, quizás la más temeraria de mi vida: "Vamos a seguir".

Mucho tiempo paso y llego la emoción de apreciar la magnitud del cráter.



Llegar al borde del cráter fue un bálsamo para el espíritu. El cielo completamente despejado. El paisaje era solitario y hermoso a la vez: un mar de rocas negras y afiladas salpicadas de manchas de nieve, y al fondo asentado sobre las nubes, el imponente Chimborazo. Una paz profunda, mezclada con euforia, me invadió.

El volcán humeaba suavemente, recordándonos su latencia. Recuerdo el momento muy claramente, tomamos fotografías, abrazamos a los compañeros. Había valido la pena, pensé.

Pero teníamos que llegar a la auténtica cumbre del Tungurahua, que es un punto más alto que el borde del cráter. Con determinación renovada, emprendimos los últimos 30 minutos de ascenso, hasta alcanzar la cruz de metal cubierta de hielo que coronaba el techo del volcán. Un viento gélido nos azotaba con fuerza, pero nada podía empañar nuestra felicidad. Como de costumbre, nos felicitamos con y capturamos el momento en nuestras mentes. Permanecimos unos 35 minutos en la cima, dueños de una vista que solo unos pocos llegan a contemplar.



El Precio del Descenso



La euforia de la cumbre empezó a desvanecerse durante el descenso. A unos casi 200 metros del refugio, la anestesia de la adrenalina comenzó a ceder. Un dolor sordo y profundo, como un latido potente, empezó a manifestarse en mi pierna. Al llegar al refugio, exhausto pero aliviado, intenté quitarme la bota. Fue inútil. La hinchazón ya la tenía aprisionada. Pancho y otro compañero tuvieron que ayudarme, tirando con muchas fuerza y cuidado. Al salir, el pie estaba inflamado, pero nada que, en un principio, me pareciera alarmante. Incluso me tomé una foto, todavía con cierta incredulidad.

Fue entonces cuando presencié una transformación aterradora. En cuestión de segundos, mi pantorrilla comenzó a hincharse de forma grotesca, como si un globo se inflara bajo la piel. La tensión era tan extrema que la piel se volvió brillante y dura como la piedra. El pánico, frío y nítido, se apoderó de mí. Ya no era un simple moretón. Los pensamientos catastrofistas se desataron: una trombosis, una arteria reventada... "Voy a perder la pierna", pensé. "No vamos a llegar a tiempo". La desesperación era un nudo en la garganta.

La solución fue un caballo de carga, una bestia tranquila y resistente. Lo despojaron del equipo para subirme a mí. La montura era vieja, el fuste estaba roto y los estribos eran solo sogas improvisadas. Solo podía usar el derecho. La bajada se convirtió en una tortura interminable. Cada paso inseguro del animal, cada resbalón en el lodo, me provocaba una sacudida de dolor tan agudo que no podía evitar gritar. No tuve más remedio que apoyar la pierna herida en el estribo vacío, sujetándome con todas mis fuerzas al arzón de la montura, rogando por que el suplicio terminara. Esas horas se me hicieron una eternidad de agonía.

El Camino a Casa

Tras lo que fue una eternidad, llegamos al parqueadero donde una camioneta nos esperaba para llevarnos a Baños. Era domingo. No había clínicas abiertas, ni médicos disponibles. Pancho, con una premura que le agradeceré toda la vida, consiguió bolsas de hielo que colocamos sobre mi pierna monstruosamente hinchada. El viaje de regreso a Cuenca fue largo y sombrío. Las pastillas para el dolor solo amortiguaban ligeramente la molestia, y mi mente no paraba de generar escenarios aterradores.

En el trayecto, llamé a mi primo Jhonatan, cirujano de profesión. Le describí los síntomas que el accidente había causado con voz que intentaba ser calmada. Me dio instrucciones claras y me dijo que me esperaría en el hospital para operarme si fuere el caso. Con su característico humor, añadió: "Ya vez lo que te pasa por no llevarme". Esa broma, en medio del caos, fue un pequeño salvavidas.

Llegamos a Cuenca a las 3 de la mañana. La fatiga era tan abrumadora que, al llegar a casa, me desplomé en la cama y me sumí en un sueño profundo, vencido por el agotamiento y el estrés.

La Herida y la Cicatriz

Me desperté a las 6:00 AM. La pierna seguía igual: un pilote dolorido e inmóvil. Conduje hasta el hospital con el pie izquierdo operando los pedales con torpeza. Jhonatan me esperaba. El diagnóstico fue rápido y preciso: el impacto había roto una arteria, y la sangre, al no poder salir al exterior, se había acumulado y coagulado en el interior del músculo, creando un hematoma que presionaba todo a su alrededor. Me operó de inmediato, liberando la presión y extrayendo los coágulos que amenazaban el tejido, extrayendo más de 500cc de sangre coagulada de la pierna.

Esa misma tarde, ya en casa, con la pierna vendada, bajo el efecto de los sedantes y con la movilidad reducida, tomé mi cámara. Empecé a revisar las fotografías del viaje. Ahí estaba la prueba: la cumbre, el cráter, las sonrisas de mis compañeros, el paisaje majestuoso. El miedo y el dolor empezaban a difuminarse, transformándose en la memoria de una aventura extrema.

Y entonces, mirando aquellas imágenes que capturaban tanto esfuerzo y belleza, una sonrisa se dibujó en mi rostro y me hice la única pregunta que un verdadero amante de la montaña puede formularse después de semejante experiencia:



¿Dónde será mi próxima cumbre?

“Caerse no es un fracaso. El fracaso viene cuando te quedas donde has caído.”

Sócrates

Capítulo 9: De vuelta al Chimborazo.

El Chimborazo, el Taita, un coloso de 6268 metros que domina el corazón del Ecuador. Un volcán extinto, el punto más alto del país y el más cercano al sol en todo el planeta. Esta montaña no fue solo un objetivo; fue el comienzo de todo. Mi vida como montañista, con todas sus luces y sus sombras, empezó allí, en la falda de este gigante, con un primer intento fallido que, lejos de derrotarme, me dio la fuerza para abrazar un mundo nuevo.

El deporte de alta montaña me abrió los ojos. Me permitió conocer personas extraordinarias, apreciar la naturaleza con una intensidad que nunca imaginé, y experimentar sensaciones que, de otro modo, me habrían sido negadas. Como en la vida, hay cosas buenas y malas. Lo importante es aprender a dejar ir las malas y aferrarse con fuerza a las buenas. Recuerdo a amigos entrañables que ya partieron a su cumbre más alta en el cielo, desde donde, estoy seguro, nos cuidan y celebran cada uno de nuestros logros. Guías que, con el tiempo, se convirtieron en hermanos de aventuras y de la vida misma.



Este volcán siempre fue mi meta inicial, pero comprendí que no me recibiría en su cima hasta que yo estuviera verdaderamente preparado. Hasta que fuera lo suficientemente humilde para escucharlo y lo suficientemente sabio para volver solo cuando el clima y la propia montaña lo determinaran. Agradezco que este deporte me impulsara a dedicarme más a recorrer estos senderos, encontrando una paz y una fortaleza que no conocía. Creo firmemente que toda persona, debería practicar un deporte, conocer la naturaleza, respetar a los animales y valorar más la salud que el dinero. La felicidad se encuentra en las pequeñas cosas, no en lo material, y en lanzarse de vez en cuando a lo desconocido: ya sea para experimentar un amanecer en la cumbre de un volcán activo o simplemente caminar por un lugar natural, intacto y hermoso.

La Lección de la Humildad: El Segundo Intento

Para mi segundo asalto a la cumbre, mi amigo y guía, Fausto Tenemaza, nos acompañó junto a Christian y su primo. Decidimos una ruta alternativa, saliendo del primer refugio para atacar directamente El Castillo, una formación rocosa junto al glaciar, para evitar una cascada de rocas en la ruta habitual.

Avanzamos por un lugar expuesto, un paso inclinado que dejaba ver un precipicio infinito a nuestro lado derecho. En algunos sectores, había que agacharse para progresar. Con los crampones buscando tracción y un abismo blanco abajo, sentíamos que habíamos sido transportados a otro mundo, a una realidad paralela y etérea.

La progresión era buena hasta que, unos 200 metros más arriba, el hielo comenzó a cambiar. Se volvió rígido, formando placas traicioneras que crujían bajo nuestros pies. Escuchábamos cómo la lámina de hielo se quebraba más arriba, soltando trozos que rodaban entre nosotros y se precipitaban al vacío. Fausto, con la calma y experiencia que lo caracterizan, nos indicó la cruda realidad: estaba demasiado peligroso. Las placas podían fracturarse en cualquier momento, desatando una avalancha. Aunque nuestro ego ansiaba seguir, la montaña habló claro. Con humildad, dimos la vuelta. Agradezco a Fausto por su honestidad; nos mostró que la verdadera fortaleza a veces reside en saber retirarse.

La Tercera es la Vencida

“La tercera es la vencida”, me dijo Pancho al saber de mi segundo intento fallido. Acepté sin dudar. Entrenamos con una determinación feroz: subimos varias veces el Cerro Amarillo, el Cerro Negro, el Fasayñan, las Tres Lagunas en principal, visitamos Maylas, practicamos Cayac en río Santa Bárbara. La escalada, senderismo y las aventuras se volvieron nuestra rutina cotidiana.

Para el tercer intento, los nervios y la ansiedad se mezclaban con una determinación inquebrantable. Esta vez nos acompañarían Ñato y Fausto Tenemaza como guías, junto a mi primo Jhonatan, Pancho Salinas y su amigo quiteño que de último momento se unió al grupo.

El 21 de noviembre de 2015 fue la fecha señalada. Un día antes, Pancho llamó: estaba bastante enfermo con gripe. Pero todo ya estaba listo. Al recogerlo, lo vimos cabizbajo y sin ánimos; una rápida visita al hospital para que Jhonatan le aplique un suero que le devolvió a la vida, casi por arte de magia. Con el equipo cargado y el ánimo renovado, partimos hacia la base de nuestro objetivo.

El carro de Pancho, convertido en arca de aventureros, navegaba por carreteras serpenteadas cargado de esperanzas. En su interior, latía el corazón colectivo de quienes buscan respuestas en las

alturas. En su interior, apiñados entre cuerdas, crampones y piolets, respirábamos esa mezcla de anticipación y respeto que precede a todo gran desafío. Las mochilas, cargadas no solo con equipo de alta montaña sino con sueños y temores, se amontonaban como testigos silenciosos de lo que vendría.



Nuestro destino se alzaba imponente en el horizonte: el volcán Chimborazo, guardián ancestral de los Andes centrales ecuatorianos. Situado en la provincia que lleva su nombre, aproximadamente 150 kilómetros al sur de Quito y cerca de Riobamba, este coloso forma parte de la Reserva de Producción Faunística Chimborazo, un santuario natural donde el aire se enrarece y los paisajes quitan el aliento.

Mientras avanzábamos, no podía dejar de maravillarme ante una particularidad única de esta montaña: aunque el Everest es la cumbre más alta sobre el nivel del mar, el Chimborazo ostenta el privilegio de ser el punto más cercano al Sol desde el centro de la Tierra, debido al abultamiento ecuatorial de nuestro planeta. Esta curiosidad científica se mezclaba en mi mente con las leyendas ancestrales que rodean al volcán.

El gigante nos esperaba con sus cinco cumbres principales, cada una con su propia personalidad y desafío. La más elevada, la cumbre Whymper, se elevaba hasta los 6268 metros sobre el nivel del mar, llamada así en honor al alpinista británico Edward Whymper, quien realizó el primer ascenso registrado en 1880. Muy cerca, la cumbre Veintimilla se alzaba hasta los 6214 msnm, mientras que la Politécnica, la Nicolás Martínez y la cumbre Norte (esta última rebautizada como Iván Vallejo en honor al destacado andinista ecuatoriano) completaban el imponente perfil del coloso.

Cada nombre representaba una historia, un esfuerzo, una vida dedicada a la montaña. Mientras el carro de Pancho nos acercaba inexorablemente a nuestro destino, sentía que no solo transportaba equipamiento, sino que éramos portadores de una tradición montañera que unía generaciones de aventureros atraídos por la llamada irresistible de la montaña.

Tras un viaje sin contratiempos, nos reunimos con Ñato en la entrada principal. Juntos iniciamos el ascenso al refugio, donde al llegar, dejamos constancia de nuestro paso firmando el libro de visitas.



Descansamos y a las 10:40 de la noche, iniciamos la marcha. Esta vez, tomamos la ruta de la cascada de piedras directo a la ensillada. Pasamos la arista que una vez me había derrotado, pero esta vez lo hicimos sin contratiempos. El clima era perfecto, el hielo y la nieve, ideales para la progresión.



El hielo y la nieve se mostraban idóneos para que el ascenso fuera rápido y seguro, hacia frío, pero no tuvimos contratiempo alguno con el clima o el resto de integrantes de la expedición.

Luego de horas de batallar en el hielo y la arista, llegamos a la cumbre Veintimilla. El esfuerzo había pasado factura: Pancho, agotado por la gripe, y Jhonatan, con principios de congelamiento en las manos, decidieron esperarnos allí con Fausto. Dejamos nuestras mochilas y, con Ñato y el amigo Quiteño de Pancho, avanzamos hacia la cumbre máxima, la Whymper.

El paisaje se transformó en un laberinto extraño de penitentes, esas cuchillas de hielo formadas por el sol que se alzaban como una guardia blanca. Entre este escenario de otro mundo, casi a las 6:00 de la mañana, lo logramos. Pisamos la cumbre. Aunque el cielo estaba nublado, una sensación de júbilo y logro absoluto nos inundó. El Taita, por fin, me había permitido llegar.



Registramos el momento con un video y comenzamos el descenso. Al regresar a la cumbre Veintimilla, nuestros amigos ya no estaban; el frío les había obligado a iniciar el descenso. La bajada se sintió liviana, llena de una paz profunda. El cielo comenzó a despejarse, como si la montaña nos diera su bendición final. Alcanzamos a nuestros compañeros y, juntos, llegamos al refugio, esta vez no con la amargura de la derrota, sino con la alegría indescriptible de haber cumplido, al fin, nuestro más anhelado reto.

“Volver a la montaña que te venció es honrar tu propia evolución.”

Junko Tabei

¡Llegaste al final! Gracias por ser parte de esta aventura.

Si has llegado hasta aquí, significa que has vivido cada página junto a mí. ¡Muchas gracias por acompañarme en este viaje! Tu apoyo es lo más valioso. Si el libro te gustó, te pido un pequeño gran favor: compártelo con aquellos amigos y conocidos a quienes creas que también les puede inspirar o recordar sus propias aventuras.

Como agradecimiento por tu apoyo y compañía, quiero compartirte una colección de fotografías adicionales que capturé en estas aventuras. Son imágenes que, por mantener el libro minimalista, no encontraron cabida en sus páginas, pero que estoy seguro de que te harán sentir aún más inmerso en cada aventura.

Solicita el código al WS 593980277846 luego de la donación para acceder a todas las fotografías:

Puedes acceder a ellas a través de este enlace:

☞ <http://www.bolivarcarrion.com/libro/>

Además, si quieres seguir conectado con este mundo de alta montaña y deportes extremos, te invito a unirte a nuestra comunidad de amantes de la naturaleza:

☞ <https://www.facebook.com/katarsisgroup/>

Y si amas este proyecto tanto como yo y sueñas con ver estas fotografías y muchas más en una gran exposición o tener el libro en tus manos, **tu donación** puede hacerlo realidad. ¡Cada granito de arena cuenta!

☞ <https://ppls.me/nMbRger9e9xWMNGf2dsXA>



¡Espero que nuestras aventuras continúen cruzándose!

GLOSARIO: Para el lector que Lleva un Montañista Dentro

Cuando uno se enfrenta a una historia de montaña, se encuentra con palabras que son más que simples términos; son llaves que abren la puerta a un mundo de técnica, riesgo y belleza singular. Palabras como cordada, grieta o crampón pueden sonar a jerga técnica para quien no ha pisado un glaciar, pero entender su significado es esencial para comprender la verdadera dimensión de lo que se vive a más de cinco mil metros de altura.

He decidido incluir este glosario por una razón simple: la montaña es de todos. Su llamada resuena en el corazón de muchos, sean o no expertos andinistas. Quiero que cualquier persona que lea estas páginas, ya sea un aventurero experimentado o alguien que descubre este mundo desde su sillón, pueda sumergirse por completo en la narrativa sin perderse en la terminología.

Cada término aquí definido es una pieza del equipo que cargo en mi mochila, un concepto que ha salvado vidas o que describe un peligro latente. Aprender este lenguaje no es solo ganar conocimiento; es acerca del entendimiento del alma de la montaña. Es mi manera de tender una mano al lector y decirle: "Ven, camina a mi lado y entiende. La aventura es más profunda cuando se sabe por qué cada paso, cada nudo y cada decisión cuentan".

Que este pequeño diccionario sea tu primer equipo de escalada.

Glosario de Términos de Alta Montaña

Aclimatación: Proceso fisiológico por el cual el cuerpo se adapta gradualmente a la altitud y la menor disponibilidad de oxígeno. Es fundamental para prevenir el mal de altura y debe planificarse con varios días de antelación a un ascenso.

Anclaje: Punto de seguridad fijo en la roca o el hielo usando un piolet o un tornillo de hielo al que se sujeta la cuerda para asegurar a un escalador en caso de caída.

Aseguramiento: Técnica y sistema mediante el cual un escalador controla la cuerda para proteger a su compañero de cordada, pudiendo detener una caída.

Crampones: Sistema de puntas metálicas que se ajustan a las botas para proporcionar tracción y seguridad sobre el hielo y la nieve dura. Son esenciales para progresar por un glaciar.

Cresta: Filo estrecho y afilado que une dos cimas o laderas de una montaña. Suele ser la ruta de ascenso final hacia la cumbre.

Cornisa: Masa de nieve proyectada por el viento más allá de una cresta o un borde, formando un saliente inestable y extremadamente peligroso que puede colapsar.

Cordada: Grupo de andinistas (normalmente de 2 a 4 personas) que van unidos por una misma cuerda para asegurarse mutuamente durante la escalada. Es la unidad básica de seguridad en terrenos glaciares.

Frontal: Linterna que se lleva en la cabeza, dejando las manos libres para usar los piolets o crampones. Es indispensable para los ascensos que comienzan de madrugada.

Grieta (o Grieta Glaciar): Fractura profunda en un glaciar, a menudo oculta por un puente de nieve débil. Es uno de los peligros más serios en alta montaña. Cruzarlas requiere de técnica y equipo específico.

Mal de Altura (Soroche): Conjunto de síntomas (dolor de cabeza, náuseas, fatiga, mareos) que aparecen por la falta de adaptación del cuerpo a la altitud. Puede ser leve o evolucionar a edema cerebral o pulmonar, potencialmente mortales.

Piolet: Herramienta fundamental del andinista, similar a un pico largo. Se usa como punto de apoyo, para auto detener una caída, tallar escalones o como anclaje.

Rappel (o Rápel): Técnica controlada para descender por una pared vertical o muy inclinada utilizando una cuerda y un dispositivo de frenado.

Refugio / Vivac:

Refugio: Construcción básica ubicada en la montaña para el descanso y resguardo de los montañistas.

Vivac: Pasar la noche al raso o en una tienda de campaña de emergencia, con el equipo mínimo. Una situación que puede ser planificada o forzada.

Serac: Bloque o columna de hielo de gran tamaño, a menudo inestable, que se forma en los glaciares. Su desplome impredecible, como el del relato, es uno de los mayores peligros objetivos en la montaña.

Travesía: Ascenso o descenso que se realiza horizontalmente o en diagonal a través de una ladera, en lugar de hacerlo en línea recta hacia arriba o abajo.

Vía Normal: Ruta más accesible y comúnmente utilizada para ascender a una montaña. No suele ser la más técnica, pero sí la de menor dificultad.

Walkie-Talkie: Radio de comunicación portátil. En la montaña, donde no hay señal de celular, es a menudo el único medio de contacto entre grupos o con la base. Su fallo, como se relata en el libro, puede aislar completamente a los escaladores.

Fiebre de la cumbre: La abrumadora compulsión por alcanzar la cima de una montaña, sin importar la preocupación por la seguridad propia o de los demás, es un fenómeno llamado fiebre de la cumbre.

“Conocer las palabras de la montaña es aprender el lenguaje del respeto.”

Anónimo

📁 CONSEJOS PARA EL MONTAÑISTA QUE COMIENZA

Este gráfico de nuestras cumbres más altas es solo el punto de partida. Cada volcán exige investigación profunda antes de cualquier intento: condiciones climáticas, estado glaciar, dificultad técnica y permisos requeridos. La información salva vidas - tu aventura comienza navegando foros especializados y consultando a guías certificados, no en la base de la montaña.



📁 PREPARACIÓN Y SEGURIDAD

- Nunca salgas solo → La montaña perdona poco, la compañía salva vidas
- Contrata guías certificados → Su experiencia es tu mejor seguro de vida
- Informa tu ruta y horario → Deja siempre dicho dónde vas y cuándo regresarás
- Consulta el clima → Las condiciones cambian en minutos en alta montaña
- Lleva equipo de navegación → Mapa, brújula, GPS y saber usarlos



EQUIPAMIENTO ESENCIAL

- Calzado adecuado → Botas de montaña con buen agarre y tobillo protegido
- Ropa por capas → Técnica, abrigo y protección contra viento/luvia
- Equipo de emergencia → Botiquín, manta térmica, silbato, frontal con pilas extra
- Alimento e hidratación → Comida energética y agua suficiente (más del cálculo estimado)
- Protección solar → Gafas, crema, gorra - el sol en altura es traicionero

RESPETO POR LA NATURALEZA

- No dejes rastro → Lo que llevas contigo, regresa contigo
- Recoge basura → Incluso la que no es tuya - seamos guardianes de las cumbres
- Respeta la fauna → Observa sin alterar, fotografía sin interferir
- Camina por senderos → Evita erosionar nuevas zonas
- Respeta la flora → No arranques plantas, no marques árboles

ETICA MONTAÑERA

- Ayuda cuando puedas → En la montaña somos una comunidad
- Comparte experiencias → Aprende de otros, enseña a quienes empiezan
- Únete a un club → La experiencia colectiva es la mejor escuela
- Respeta el silencio → Disfruta los sonidos de la naturaleza
- Sé humilde → La montaña siempre es más grande que nosotros

PREPARACIÓN FÍSICA Y MENTAL

- Entrena progresivamente → No subestimes ninguna montaña
- Conoce tus límites → Retroceder a tiempo también es sabiduría
- Aclimátate adecuadamente → El mal de altura no perdona imprudencias
- Aprende técnicas básicas → Nudos, rappel, cramponaje, autorrescate
- Mantén la calma → El pánico es tu peor enemigo en situaciones críticas

ACTITUD CORRECTA

- Investiga antes de ir → Conoce la ruta, dificultad y particularidades
- Escucha a los locales → Su conocimiento del terreno es invaluable
- Empieza con lo sencillo → Domina cerros antes de volcanes
- Aprende del fracaso → Un intento fallido es una lección, no una derrota
- Disfruta el camino → La cumbre es solo una parte de la experiencia

La montaña no se conquista, se comprende. No se vence, se aprende de ella. El verdadero montañista no busca dominar las alturas, sino encontrar su lugar en ellas.

Por los que se quedaron en la cumbre

Hay una huella en la montaña que el viento no borra. Una huella que no está hecha de barro o piedra, sino de perseverancia, compañerismo y un amor profundo por las alturas.

Hoy recordamos a aquellos amigos montañeros que partieron antes que nosotros. No los recordamos con tristeza, sino con la profunda admiración de quien ha sido testigo de una vida vivida con intensidad. Ellos no se fueron; simplemente alcanzaron una cumbre desde la cual nos vigilan.

Su legado no es un mapa, sino una brújula interior. Nos enseñaron que la dedicación en la alta montaña es un reflejo de la dedicación en la vida: un paso firme tras otro, sin rendirse, apoyándose en el compañero de cordada y sabiendo que la recompensa no es solo la cima, sino la transformación que ocurre durante el ascenso.

Ellos nos inculcaron el deseo de apreciar el silencio de un amanecer en la montaña, la belleza brutal de una pared de granito y la humildad que trae una tormenta a media ladera. Nos enseñaron a exigirnos al límite, a mirar un sueño aparentemente inalcanzable y, con tenacidad y esfuerzo, convertirlo en la roca bajo nuestros pies.

Por eso, cada vez que ajustamos nuestras mochilas y miramos hacia arriba, ellos están con nosotros. Su espíritu es el impulso que nos lleva un paso más allá de nuestro cansancio, el valor para enfrentar la grieta inesperada y la serenidad para disfrutar del descenso.

Que su ejemplo siga siendo nuestro fuego. Sigamos ascendiendo, no solo por nosotros, sino por ellos. Porque mientras su recuerdo viva en nuestras cordadas y en nuestras conquistas, ellos nunca dejarán de estar en la montaña.

Descansen en paz, queridos compañeros. Su cumbre es eterna.



Mi gran amigo Pancho Jack Salinas en la cumbre del Iliniza Norte.

A mis amigos y compañeros de cordada les recuerdo que nunca los olvidare, Ivo Veloz, Telmo Tenemaza, Klever Gualavisi, Pancho Jack salinas, Miguel Campoverde

**“Los que se quedaron en la montaña no han muerto;
viven en cada amanecer que ilumina las cumbres.” Sir Edmund Hillary**



Bolívar Carrión es un Ingeniero de Sistemas de profesión, pero es en las cumbres donde encuentra su verdadera esencia. Apasionado montañista, fotógrafo y aventurero, ha convertido su amor por los volcanes y los deportes extremos en una filosofía de vida. A través de su lente y su pluma, captura no solo paisajes, sino las emociones más profundas que despierta la alta montaña.

En "Cuando la Montaña Llama...", Bolívar nos invita a acompañarlo en un viaje íntimo y transformador por los picos más emblemáticos de Ecuador. Desde la sombra del Chimborazo hasta el cráter humeante del Tungurahua, cada ascenso es más que una hazaña física: es una lección de humildad, un enfrentamiento con el miedo y un recordatorio de nuestra fragilidad.

Este libro es el relato honesto de un andinista que aprendió a escuchar la voz de la montaña. En sus páginas, conocerá a compañeros inolvidables, como el legendario perro andinista Chispita, vivirá rescates dramáticos, sentirá el peso de la "fiebre de cumbre" y descubrirá que el verdadero triunfo no está en llegar a la cima, sino en regresar con vida para contarlo.

Una obra profundamente humana, que entreteje aventura, reflexión y un profundo respeto por la naturaleza. Un testimonio para todos aquellos que, desde la montaña o desde el silencio, escuchan esa llamada que nos desafía a ser mejores.